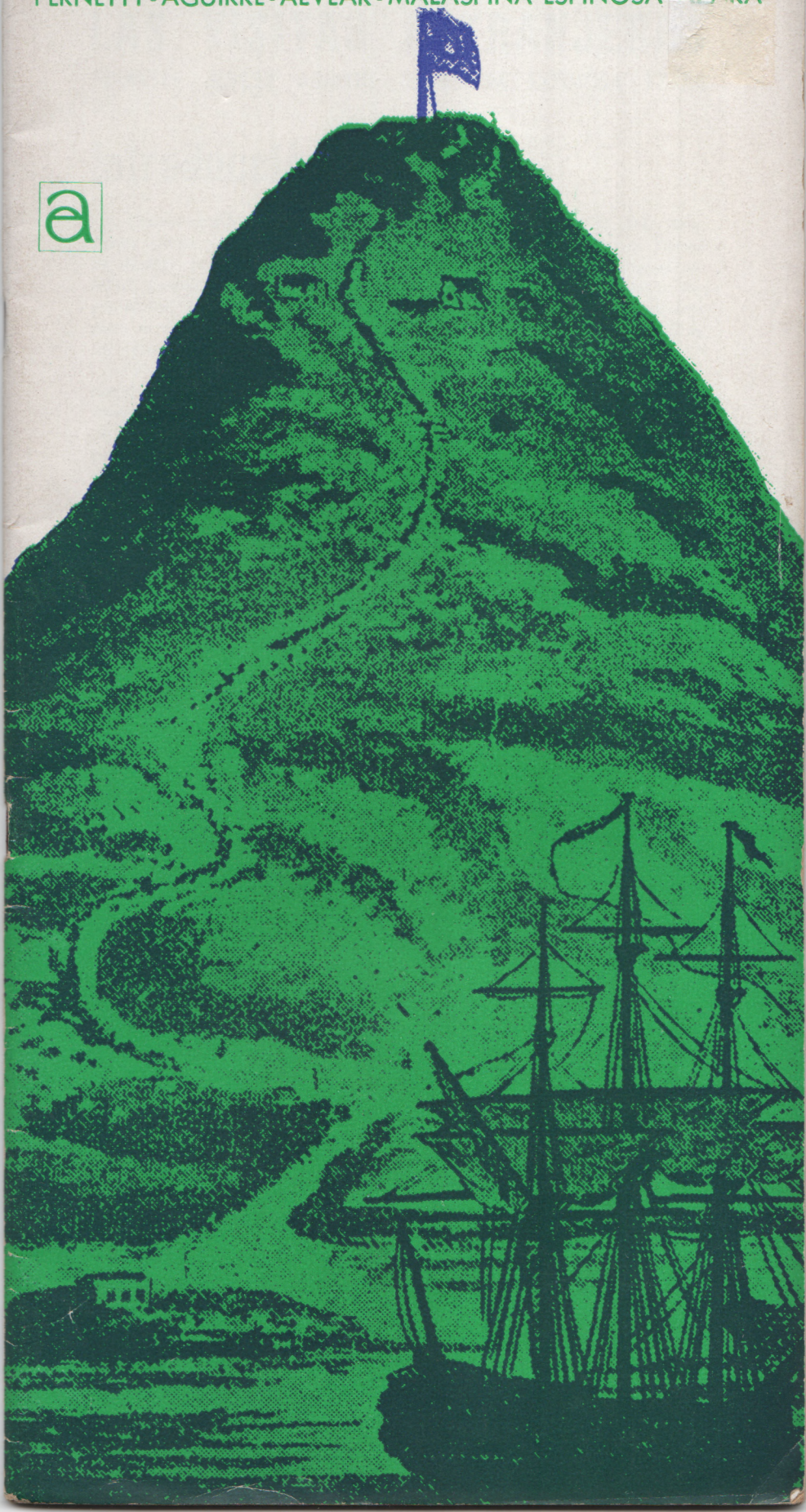


LAS VISITAS EXTRANJERAS

PERNETTY - AGUIRRE - ALVEAR - MALASPINA - ESPINOSA - AZARA

a



LAS VISITAS EXTRANJERAS

PERNETTY - ALVEAR - AGUIRRE - MALASPINA - ESPINOSA - AZARA

Introducción

Innumerables viajeros visitaron nuestro país desde la más temprana época y transmitieron sus observaciones e impresiones en forma de diarios, memorias, informes y ensayos. No obstante su desigual calidad, derivada de la formación, el método, el estilo, los intereses y los prejuicios de cada autor, estos testimonios son fuente principalísima para el estudio de la cultura, la historia social y política, la flora, la fauna o la toponimia de la región.

Pocos viajeros, sin embargo, desempeñaron un papel tan importante como aquellos del último tercio del siglo XVIII. Hombres de su tiempo, de espíritu positivo y racionalista, desconfiaban de todo cuanto no fuera resultado de la observación y del cálculo, "evitando —como pretendía hacerlo Félix de Azara— juzgar por aproximación". Se sentían firmemente instalados en el vértice de la mayor revolución intelectual que conoció la humanidad y participaban con entusiasmo denodado en el inventario del mundo. Clasificaban seres vivos en géneros, especies y variedades, medían valores de la gravedad de los cuerpos en los diferentes paralelos, calculaban coordenadas geográficas, observaban la emersión de los satélites de Júpiter, y catalogaban estrellas, en su afán por descubrir las relaciones necesarias que derivan de la naturaleza de las cosas.

Si bien su voluminosa obra científica contribuyó a enriquecer los conocimientos europeos acerca del "verdadero sistema del Universo", no fue menos significativa la influencia que ejercieron sobre la misma región que era objeto de sus estudios. La frecuente y, a veces, prolongada presencia en el Río de la Plata de hombres que eran portadores y transmisores de las más altas expresiones del pensamiento y el saber de la época, operó como un revulsivo en la pequeña aldea, rompió el aislamiento, despertó curiosidad e interés por cuanto ocurría en el resto del planeta, acercó las armas intelectuales más afiladas, hizo conocer las prestigiosas ideologías de los colonos ingleses insurrectos, del reformismo borbónico, de la gran revolución. Por lo demás, cada expedición que pasaba por el Plata sembraba una buena cuota de sangre nueva, que la seducción de nuestras costas arrebatada a sus tripulaciones y que pronto echaban profundas raíces en el solar de adopción.

Los seis textos, de Pernetty, Alvear, Aguirre, Malaspina, Espinosa y Azara que se reúnen en este cuaderno, cubren más de un cuarto de siglo de la vida de nuestra Banda Oriental. Unos pertenecen a hombres que sólo conocieron el país en visita de pocos días, otros a concienzudos observadores que permanecieron largas décadas en estas tierras, pero diferentes razones los hacen a todos ellos particularmente valiosos.

Dom Antoine-Joseph Pernetty, benedictino de Saint Maur y capellán de la célebre expedición francesa que, capitaneada por Louis-Antoine de Bougainville, se detuvo en nuestra ciudad desde el 28 de diciembre de 1763 al 16 de enero de 1764, dejó una de las más interesantes y amenas descripciones de la vida, los usos y las costumbres montevidéanas. No obstante, habida cuenta de la credulidad de nuestro cronista y la malicia de algunos de sus informantes y compañeros de viaje, deben tomarse con precaución aquellos pasajes de su relato, que registran hechos que no presenció personalmente.

Dos jóvenes y brillantes marinos españoles, Juan Francisco Aguirre y Diego de Alvear, comisarios, respectivamente, de la cuarta y segunda partidas demarcadoras de los límites establecidos por el Tratado de San Ildefonso (1777) y compañeros de Félix de Azara, que dirigía la tercera, dejaron una importantísima y fidedigna documentación: diez tomos de memorias el primero y cinco el segundo. El estancamiento

diplomático de las gestiones demarcadoras prolongó por varios lustros la estadía de los comisarios en el Río de la Plata y proporcionó, a Aguirre, la ocasión de realizar estudios geográficos e históricos que constituyen excelente autoridad y, a Alvear, para describir la flora y la fauna "con arreglo al sistema de Linneo" y a los hombres y a las cosas con ojo certero. Los textos de Aguirre y de Alvear que se transcriben, y están fechados en 1783, corresponden a los "Diarios" que por disposición real debían llevar los oficiales demarcadores.

El viaje alrededor del mundo que realizaron entre los años 1789 y 1794 las corbetas "Descubierta" y "Atrevida", capitaneadas por Alejandro Malaspina, para relevar cartas náuticas, confeccionar derroteros, acopiar curiosidades para el Real Gabinete y Jardín Botánico e "investigar el estado político del continente", nos proporcionan los dos textos siguientes de esta antología. El primero corresponde al "Diario" de su capitán y el otro a un informe del teniente de navío José Espinosa.

La expedición de Malaspina, en la cual participaron geólogos, botánicos, naturalistas, astrónomos, pintores y numerosos oficiales reales que luego tuvieron destacada actuación en el Río de la Plata, como José Bustamante y Guerra o Francisco Xavier de Viana, proporcionó a la metrópoli un tesoro de informaciones y observaciones científicas y, además, un agudo "examen político de los dominios ultramarinos", que concluía proponiendo la "emancipación de las Colonias, divididas en tres grandes trozos o confederaciones". Sostenía Malaspina —y ello le costó prisión y destierro— que era necesario templar la monarquía "de tal modo que, dividida en cuanto a sus intereses y gobernación interiores, sólo se halle reunida en un solo centro cuando se trate de los grandes esfuerzos nacionales".

Pero "quien justamente merece el título de Primer Observador y Pensador que ha tenido aquel [este] país para darse a conocer y merecer su fomento", según afirmaba Miguel Lastarria, ex secretario del Virrey Avilés, era el capitán de fragata Don Félix de Azara. En efecto, recién desembarcado en el Río de la Plata, Azara se sintió "precisado a meditar sobre la elección de algún objeto que ocupase mi detención con utilidad. Desde luego vi que lo que me convenía mi profesión y circunstancias era acopiar elementos para hacer una buena carta o mapa, sin omitir lo que pudiera ilustrar la geografía física, la historia natural de las aves y cuadrúpedos y finalmente lo que pudiera conducir al perfecto conocimiento del país y sus habitantes"... "Por lo tanto, nunca di un paso sin llevar conmigo dos buenos instrumentos de reflexión de Halley y un horizonte artificial. En cualquier parte que me encontraba observaba la latitud, aún en medio del campo, todos los días al medio día y todas las noches, por medio del sol y de las estrellas. Tenía también una brújula con pínulas, y con frecuencia verificaba la variación comparando el acimut con el que me daban mis cálculos y la observación del sol...".

Infatigable, durante casi un cuarto de siglo, Azara continuó realizando sus estudios y observaciones, pero son los últimos años de su permanencia en el Plata, aquellos que sin duda han influido más en nuestra historia. Hacia el final de su estadía cumplió varias y delicadas gestiones para la corona (reconocimiento de la frontera sur, fundación de Batoví, etc.) y redactó numerosas memorias e informes, algunos de los cuales, relacionados con el arreglo de la campaña "donde se observan los abusos consiguientes a la arbitrariedad de los particulares y al capricho y descuido de los gobernadores, que son los culpados de no haber propuesto las mejores leyes agrarias", fueron publicados por aquella época en el "Telégrafo Mercantil" o en el "Semanario de Agricultura". Son por demás conocidas las relaciones de Azara con el futuro Jefe de los Orientales durante el proceso de la fundación de Batoví, así como su influencia en la maduración del pensamiento agrario de Artigas. Se cierra este cuaderno con la "Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata en 1801", redactada por Azara en este último período, precisamente en Batoví y fechada el 9 de mayo de dicho año.

Tales algunos de los hombres y de las ideas que los viajes de fines del siglo XVIII trajeron a nuestras costas.

Luis Carlos Benvenuto

Dom Pernetty

De las leyes, costumbres y hábitos de Montevideo (1764)

Montevideo es, en mi manera de ver, una colonia nueva. Hace veinticinco años, sólo se veían algunas casas. Sin embargo, es el único sitio cómodo para surgidero de los navíos que remontan el río de la Plata. En la actualidad, es una pequeña ciudad que se embellece todos los días. Sus calles son tiradas a cordel y bastante anchas, como para que tres carrozas puedan pasar de frente. (En el lugar respectivo se encontrará una vista que he dibujado, tal como a nuestra vista se presentaba, desde a bordo de la fragata "Aguila", en su fondeadero, entre el Monte y la ciudad).

Las casas no tienen más que un piso, bajo la armazón del techo, con excepción de una sola situada en la plaza principal, y que pertenece al ingeniero que la ha mandado construir, para su residencia. Esta consta de una planta baja y una especie de buhardilla con una parte sobresaliente, en la cual descansa un balcón colocado en medio de la fachada.

Cada casa burguesa se compone, por lo general, de una sala, que sirve de entrada, de algunos dormitorios y de una cocina, único sitio éste donde hay una chimenea y donde se hace fuego. Propiamente estas casas, no son sino una planta baja, de catorce a quince pies de altura comprendiendo el techo.

Así la Casa del Gobernador, consta de una sala de entrada, la cual es una pieza en forma de cuadrilongo, que no recibe la luz más que por una sola ventana, bastante pequeña, con una vidriera, mitad papel, mitad vidrio, estando la parte baja de la misma cerrada por obra de carpintería. Esta sala tendrá quince pies de ancho, por diez y ocho de largo. De ésta, se pasa a la sala de recibo, que es casi cuadrada siendo más larga que ancha.

Al fondo, frente a la única ventana que la alumbraba, se ve una especie de estrado, ancho de seis pies, cubierto de pieles de tigre y en cuyo centro hay un sillón para la señora Gobernadora y a cada lado seis taburetes tapizados lo mismo que el sillón, de terciopelo carmesí.

Toda la decoración consiste en tres malos y pequeños cuadros y algunos grandes planos, mitad pintados, mitad coloreados, todavía más malos en cuanto a la pintura. Los asientos para los hombres, ocupan los otros dos lados de la sala, formados por sillas de madera con un respaldo muy elevado, semejantes a las de la época de Enrique IV, teniendo dos columnas torneadas que sostienen un cuadro, que adorna el centro, el cual es tapizado en cuero estampado con bajos relieves, lo mismo que el asiento. La puerta de comunicación de esta sala al cuarto que sigue, donde duermen el Gobernador y su esposa, está cerrada sólo por una cortina de tapicería. Los otros dos ángulos de esta sala, a ambos lados de la ventana, están ocupados, uno por una mesa de madera, donde siempre hay una bandeja, para tomar el mate, y otro por una especie de armario sobre el cual hay dos o tres estantes, adornados con algunas tazas y platos de porcelana.

La señora de la casa es la única que toma asiento en el estrado, cuando no hay más que hombres en su campaña, a menos que ella no invite a algunos, a sentarse en los taburetes al lado de ella.

Generalmente estas salas no tienen piso adecuado, ni cielorraso, viéndose en el interior, los soportes que sostienen el tejado.

Los españoles de Montevideo son muy ociosos; ellos no se ocupan casi, más que en conversar en rueda, tomar mate y fumar un cigarro.¹

Los comerciantes y algunos artesanos, en muy escaso número, son las únicas personas ocupadas en Montevideo. No hay allí, ninguna tienda a la vista, ni tampoco letreros que la anuncien; sin embargo, suele encontrarse alguna en el ángulo formado por el encuentro de dos calles. Por lo demás, el mismo comerciante vende vino, aguardiente, géneros, ropa blanca y quincallería, etc.

El terreno de los alrededores de Montevideo, es una planicie hasta perderse de vista. El suelo es negro, duro y produce abundantemente en cuanto se le somete al más ligero cultivo. No faltan sino quienes lo trabajen, para hacer de él, uno de los mejores países del mundo. El aire es sano, el cielo bello; los calores no son excesivos. Los bosques, sin embargo, faltan, y no se les encuentra sino a lo largo de los ríos.

Los españoles de Montevideo están vestidos, poco más o menos, como los portugueses de las islas de Santa Catalina; pero llevan, bastante comúnmente, sombrero blanco de alas retorcidas y de un tamaño desmesurado.

Las mujeres son bastante bien, por la cara y su porte, pero no sabría decir hasta cuánto su color fuese el de la rosa o el del lirio; su tez es oscura y muy a menudo les faltan los dientes, o no son blancos.

Su traje consiste exteriormente en un *corset* blanco o de color, sin ajuste y que sigue las proporciones del talle, que baja hasta más de cuatro dedos sobre la falda. Esta es de un género más o menos rico, según las posibilidades o la fantasía de la que lo lleva y está bordado de un galón o de una franja de plata, de oro, o de seda, algunas veces en doble hilera, pero sin flecos. En el peinado, no llevan, por lo general, ni tules, ni puntillas. Una sola cinta, pasada alrededor de la cabeza, mantiene sus cabellos reunidos, en alto, los cuales pasando por detrás de la cabeza, caen en dos o tres trenzas sobre la espalda y a veces, hasta la rodilla. Ellas fundan ciertamente, su belleza en el largo de su cabellera.

Cuando salen a la calle, se cubren la cabeza con una pieza de género fino blanco y de lana, adornado de un galón de oro, de plata o de seda. Esta pieza de género a la que llaman *iquella* o mantilla, cubre también los hombros y los brazos, y descende hasta abajo de la cintura; cruzan las dos puntas sobre el pecho o las pasan por debajo de los brazos, como nuestras damas francesas lo hacen con su mantelita. Cuando están en su casa generalmente no llevan este velo, pero en la calle y sobre todo en la iglesia, se lo arreglan de modo que no se les vea más que un ojo y la nariz: entonces es imposible reconocerlas.

Las mujeres en sus casas tienen la misma libertad que en Francia. Ellas hacen sociedad de muy buen grado y no se hacen de rogar para cantar, bailar, tocar el arpa, la guitarra, la tiorba, o el mandolino. En esto son mucho más complacientes que nuestras francesas. Cuando no bailan se mantienen sentadas en sus taburetes, colocados, como ya lo he dicho, sobre un estrado en el fondo de la sala de recibo. Los hombres no pueden sentarse allí más que cuando se les invita, y un tal favor prueba una gran familiaridad.

La manera de bailar de las damas, tiene algo de la indolencia en la cual ellas pasan sus días, aunque sean, naturalmente, muy animadas. En la mayor parte de los bailes, ellas llevan los brazos caídos, o cruzados bajo la mantilla, a la cual también llaman: *rebozo*. Bailando el *zapateo*, uno de los bailes más en uso, ellas levantan sus brazos en alto, golpeando las manos, como se hace algunas veces en Francia, cuando

¹ En Montevideo, ni tampoco en los establecimientos españoles de América, se fuma en pipa. Se fuma lo que los franceses de las islas Antillas llaman *fumer en bout*. Estos *bout* que los españoles llaman *cigarros*, o *cigallos*, o *cigarres*, son pequeños cilindros de seis o siete pulgadas de largo y de cinco o seis líneas de diámetro, compuestos de hoja de tabaco, envueltas unas sobre otras desde un extremo a otro. Los que he visto fabricar en Montevideo, no son hechos más que de dos o tres hojas a lo sumo. Están envueltos muy ligeramente a fin de dejar libre pasaje al humo, por los intersticios que se encuentran entre ellos. Generalmente los dos extremos están ligados con un poco de hilo que impide que la hoja se desenvuelva; por eso se tiene cuidado de mojar con un poco de engrudo, muy claro, la última extremidad que completa la envoltura; se prende el extremo de este cilindro y se tiene el otro en la boca para aspirar en seguida el humo como se hace con una pipa ordinaria. Un español no anda jamás sin su provisión de cigarros que él pone en paquetes, en una especie de pequeño bolsillo o saco de cuero perfumado, un poco más grande que nuestro portafolios. Jamás se olvidan, principalmente al levantarse de la mesa, de ofrecer un cigarro a sus convidados.

se baila el *rigodón*. El zapateo se baila sin cambiar mucho de lugar, golpeando alternativamente la punta del pie y el talón. Apenas parecen moverse: diríase más bien que deslizan solamente el pie sin marchar con cadencia.

Hay, sin embargo, un baile, muy entusiasta y lascivo que se baila algunas veces en Montevideo; se llama *calenda* y a los negros, lo mismo que a los mulatos, cuyo temperamento es fogoso, les gusta con furor.

Este baile ha sido llevado a América por los negros del reino de Ardra, en las costas de Guinea. Los españoles, lo bailan como ellos, en todos sus establecimientos de la América, sin el menor escrúpulo.

Sin embargo es de una indecencia que asombra a quienes no la ven bailar habitualmente. El gusto por ella es tan general y tan vivo que hasta los niños se ejercitan desde que pueden sostenerse sobre sus pies.

La calenda se baila al son de instrumentos y de voces. Los actores se disponen sobre dos líneas, una delante de la otra, los hombres frente a las mujeres. Los espectadores forman círculo alrededor de los bailarines y de los músicos. Uno de los actores entona una canción cuyo refrán es coreado por los espectadores, acompañado de palmoteo. Los bailarines levantan los brazos, saltan, giran, contorsionan el trasero, se acercan a dos pasos uno de los otros y retroceden en cadencia hasta que el sonido del instrumento o el tono de la voz les anuncia que se aproximen. Entonces se golpean el vientre unos contra los otros dos o tres veces seguidas, y luego se alejan haciendo una pirueta para recomenzar el mismo movimiento con gestos muy lascivos, tantas veces como el instrumento o la voz dan la señal. De vez en cuando entrelazan sus brazos y dan dos o tres vueltas, volviendo a golpearse con el vientre al tiempo que se dan besos, sin perder la cadencia.

Puede juzgarse cómo nuestra educación francesa resulta sorprendente por una danza tan lúbrica. Sin embargo las historias de viajes aseguran que tienen tanto encanto para los españoles de América y que la costumbre está tan fuertemente establecida entre ellos, que forma parte incluso de sus actos devotos: la danzan en la iglesia y en sus procesiones; hasta las monjas la bailan la noche de Navidad sobre una tarima construida en su coro, frente a la reja que mantienen abierta para que el pueblo participe del espectáculo; esta calenda sagrada sólo se distingue de las profanas porque los hombres no bailan con las monjas.

El Gobernador y los militares están vestidos a la francesa, pero no se rizan ni se empolvan el cabello, lo mismo que las mujeres. Por lo demás, igualmente viven en la mayor ociosidad.

En cuanto al vestir de la gente del pueblo, los mulatos y los negros, llevan, en vez de gabán, una pieza de género rayada en bandas de diferentes colores, abierta solamente al medio, para pasar la cabeza. Este abrigo cae sobre los hombros y cubre hasta los puños, descendiendo, por atrás y adelante, hasta más abajo de la rodilla, teniendo además un fleco a su alrededor; se le da el nombre de *poncho* o *chony*. Cuando montan a caballo, todos los llevan y lo encuentran más cómodo que el gabán o la levita. El señor Gobernador, nos mostró un poncho bordado en oro y plata, que le había costado trescientos y tantos pesos. Se hacen en Chile, hasta del precio de dos mil, y es de esta comarca de donde se ha llevado el uso a Montevideo. El poncho resguarda de la lluvia, no se abre al viento, sirve de manta para la noche y de cama en el campo.

La manera de vivir de los españoles es muy simple.

La costumbre hace que las mujeres y los hombres, se levanten muy tarde, excepto aquellos que están empleados en el comercio, permaneciendo entonces de brazos cruzados, hasta que se les ocurre ir a fumar un cigarro con alguno de sus vecinos. Muy a menudo, se les encuentra delante de la puerta de una casa conversando y fumando. Otros, en cambio, montan a caballo, pero no para hacer un paseo por los alrededores, sino simplemente para dar una vuelta por las calles. Si les vienen ganas, descienden del caballo, se juntan con algunos amigos, hablan dos horas, sin decirse nada, fuman, toman mate y vuelven a montar a caballo. En general, es raro, encontrar un español paseando a pie: en las calles se ven tantos transeúntes como caballos.

Durante las horas de la mañana, las mujeres, permanecen sentadas en los taburetes de sus salas, teniendo bajo los pies una estera cubierta

de mantas de indios o de pieles de tigre. Allí, tocan la guitarra o algún otro instrumento y cantan o toman mate, mientras las negras preparan la comida en su apartamento. A las doce y media o una, se sirve el almuerzo que consiste en carne de vaca, preparada de diferentes maneras, pero siempre con mucha pimienta y azafrán. Se sirve algunas veces *guiso* de cordero, que ellos llaman carnero, algunas veces pescado y raramente aves. La caza abunda en el país, pero los españoles, en cambio, no son cazadores, por cuanto este ejercicio los fatigaría. El postre está siempre compuesto de dulces.

Después del almuerzo, amos y esclavos, hacen lo que ellos llaman la *siesta*, es decir, se desvisten, se acuestan y duermen dos o tres horas. Los obreros, que no viven sino del trabajo de sus manos, no dejan pasar estas horas de reposo. Esta buena parte del día perdida es causa de que se trabaje poco, siendo, por tanto, excesivamente cara la mano de obra. También debe provenir esta inercia de que el dinero, allí, es abundante.

Es por esta razón, quizás, que no debe sorprender su indolencia. La carne, en efecto, no les cuesta otro trabajo, que matar, desollar y cortar el animal para prepararlo. El pan, del mismo modo, es bien barato. Los cueros de vacuno les sirven para hacer sacos de todas especies y para cubrir una parte de sus casas. Estos cueros son tan comunes que muy a menudo se ven en pedazos desparramados, aquí y allá, a lo largo de las calles poco frecuentadas, en las plazas y en las paredes de los jardines.

En realidad, pocos son los jardines que se encuentran cultivados, aun cuando cada casa tenga el suyo. Yo no he visto más que uno bien arreglado, y esto se debía, a que su jardinero era un inglés. Las legumbres, de idéntico modo son raras. Lo que más se cultiva es el azafrán o *carthamo*, usado especialmente en las sopas y salsas.

Es común que los españoles tengan una amante. Los que tienen hijos de ellas, les conceden una especie de legitimidad, reconociendo públicamente que son sus padres. Entonces estos niños los heredan más o menos como los hijos legítimos. Ser bastardo no avergüenza, porque las leyes autorizan este nacimiento al punto de conceder incluso a los bastardos el título de gentil-hombres. Tales leyes son más humanas por cuanto no castigan al niño inocente por el crimen de su padre.

Las ceremonias de la religión son, más o menos, las mismas que en Madrid. Durante todo el tiempo de la misa, y a falta de órgano, un individuo, desde una tribuna, toca el arpa. No he visto demostraciones especiales de devoción, sino la de golpearse el pecho hasta cinco y seis veces desde el comienzo del canon, hasta la comunión. El rosario todavía está muy en boga, y casi es la única plegaria que se acostumbra en Montevideo. Los portugueses de Santa Catalina, blancos, negros y mulatos, hacen todos gala de tenerlo. También tienen devoción al escapulario del Monte Carmelo; hombres y mujeres lo llevan. Por medio del escapulario y de las *avillas* se creen al abrigo de todos los peligros y seguros de su salvación eterna. Estas *avillas*, que se les ve colgadas al cuello, son unas especies de castañas de mar, parecidas a una haba, aplastada y redonda, del tamaño de un pequeño escudo, de dos líneas y medio de espesor; su superficie es granulosa de punto fino, color castaño claro, alrededor lleva una banda negra que da una vuelta casi entera. Yo he recogido muchas en la orilla del mar, en la isla de Santa Catalina, sin conocerlas, y he visto varias engarzadas en plata, en casa de un orfebre de Montevideo. Me dijo que, llevadas al cuello, preservan del mal de ojo y de las brujas.

En cada altar, hay una cortina extendida de arriba a abajo, delante de la principal imagen. En el comienzo de la misa, el sacristán tira del cordón que suspende la tela y descubre la imagen; cuando concluye, dejar caer la cortina y el cuadro queda oculto.

No hay más que un eclesiástico en la ciudad que nos hizo muy buen acogimiento; él tenía conocimiento no sólo de lo que el Rey de Portugal hizo contra los jesuitas de sus estados, sino también lo que tanto el Parlamento como el Gobierno de Francia habían estatuido contra la Sociedad. Así, pues, me rogó que le diese por escrito, el extracto de lo que representaba el célebre cuadro encontrado entre los jesuitas de Billom, en Auvergne, cuando el inventario hecho de los

muebles y bienes de estos Padres, después de la condena y supresión de su Instituto en 1762 y 1763 y la secularización de sus miembros. Yo satisfice su curiosidad sobre este monumento auténtico de la locura jesuítica. Este cura es hombre de buen sentido y es generalmente querido. El tiene una treintena de esclavos que ama como a sus hijos y a los cuales educa bien, dándoles en seguida la libertad, otorgándoles todavía 40 ó 50 toros para ponerlos en condiciones de poder vivir con independencia. El curato de este buen sacerdote, con sus recursos particulares, puede evaluarse en cuatro mil pesos.

Encontrándome un día en casa del Gobernador le hice presente toda mi sorpresa de que los habitantes de Montevideo no trataran, ellos mismos, de procurarse sombra en sus jardines y en las plazas públicas, plantando árboles que sirvieran a la utilidad y al ornato. Me contestó, entonces, que esta decoración no faltaba totalmente en el país y que él mismo había hecho plantar un hermoso bosque en una casa de campo que poseía a dos leguas de la ciudad. Nos propuso ir, a caballo, al día siguiente después de mediodía. Nosotros aceptamos la cabalgata, en el deseo de ver el país y de comprobar lo que él y tantos otros nos habían referido de sorprendente y maravilloso sobre los caballos del Paraguay.

A la hora de la partida, M. de Bougainville, los principales oficiales y yo, fuimos a casa del Gobernador, encontrando los caballos prontos. La señora Gobernadora, vestida de amazona, llevando un gran sombrero bordado en oro, con el ala dada vuelta a lo militar, montada en un caballo soberbio, cuya calidad igualaba a su presencia, se puso al frente de la cabalgata. Después de más de una hora de marcha llegamos al bosque del Gobernador, el cual es un huerto delicioso, formado de manzanos, durazneros, perales e higueras, plantados en filas poco regulares, con excepción de la del centro que tiene más de media legua. Un arroyo bastante caudaloso serpentea a través del vergel; las avenidas son muy agrestes a causa de la cantidad de plantas altas y bajas que crecen sin mayor cuidado. Sobre todo el toronjil se da en abundancia.

Los árboles estaban tan cargados de fruto que la mayor parte de las ramas, no pudiendo soportar el peso inmenso, estaban quebradas. Todos los frutos —dícese— son excelentes; no pudimos comprobarlo, pues a pesar que tenían muy buena apariencia, no estarían maduros hasta fin de febrero.

De este jardín se hubiera podido hacer un paseo encantador, pero el Gobernador no ha querido trabajarlo, pues él tiene el propósito de volver a Europa y fijar allí su residencia.

Fue en este bosque, donde conocí a un franciscano, llamado el padre Roch, que era preceptor de los hijos de don Viana. Durante el paseo, conversamos en latín sobre algunas cuestiones de Física; me fue fácil cerciorarme que él casi no había estudiado sino en las escuelas de la Filosofía de Aristóteles. El mismo me lo confesó: "yo soy —me dijo— *peripatético y scotista para toda la vida*".

Comimos muchas veces en casa del Gobernador, que nos ha dado almuerzos y comidas tan espléndidas, como las que permite el país; pero los platos son preparados según la costumbre, es decir, la mayor parte con *grasa refinada de vaca*, la cual se sirve en vez de aceite y manteca, sazonados con tanta pimienta y *carthamo* hasta cubrir completamente la carne. Sin embargo, teniase bastante cuidado de no poner estas especies en todos los platos. Bebimos vinos de España y de Chile; la vajilla era de plata, aun cuando también la había de porcelana. Un mantel muy corto cubría la mesa y las servilletas eran un poco más pequeñas que los pañuelos medianos, con fleco, naturalmente, o para hablar correctamente deshilachados por los dos extremos. Comúnmente los españoles sólo beben agua en las comidas, trayéndose a cada uno, a los postres, una copa de vino, aun sin solicitarla. Cuando nosotros pedíamos vino con agua, se nos traía uno y después el otro y era necesario beberlos por separado. El vino de Chile tiene un color semejante a una poción de *ruibarbo* y de *sen*; su gusto se le aproxima bastante. Ese sabor puede ser debido al terreno donde se produce o más bien a los cueros de cabra embreados en los cuales se les transporta. En todo el Paraguay no se bebe otra cosa, acostumbrándose bien pronto

a su gusto, encontrándolo bueno después de algunos días. El es muy ardiente para el estómago y sea gusto o fantasía, los españoles preferían el vino francés que nosotros habíamos llevado.

El 1º de enero fuimos a Montevideo, a presentar al Gobernador nuestros cumplimientos con motivo del año nuevo; no sabíamos que la ceremonia en este país, ha sido transferida, al 6 del mes, día de la Epifanía. El Gobernador estaba ocupado en constituir la Asamblea para el nombramiento de Oficiales de Justicia. En conocimiento que después de esta ceremonia, debía ir con todo su cortejo a la iglesia Parroquial, que ellos llaman la *Catedral*, concurrimos a las doce y media del día. Apareció en medio de los nuevos Oficiales de Justicia, llevando todos grandes varas blancas en la mano y de las cuales se servían, como de bastones, para apoyarse al caminar. Así atravesó la Plaza, en medio de sus oficiales, colocados en una misma línea, llevando su gran capa negra y su vara lo mismo que el Oidor de Santa Catalina. La ceremonia concluyó, como en Europa, con una misa y un gran banquete.

Como Montevideo no está muy poblada, son alentadas las deserciones en las tropas extranjeras; durante nuestra estadía perdimos seis marineros y un colono destinado a las islas Malvinas. El Gobernador, a pedido de M. Bougainville, que prometió diez pesos por cada desertor que se le llevara, envió algunos dragones en su persecución; pero no trajeron ninguna noticia. Yo pienso que aun si se les hubiese prometido cien, tampoco los hubieran detenido, pues está en el interés de España que quede el mayor número de hombres en el país, para poblarlo.

No está permitido a ningún extranjero vender mercadería en Montevideo; sin embargo, a pesar de las dificultades que había para desembarcarlas y los peligros que se corría en venderlas, muchos de nuestros oficiales y gente de la tripulación que habían hecho sus pacotillas, en la esperanza de venderlas en la Isla de Francia o en las Indias Orientales, donde suponían que iríamos, se desembarazaron de ellas. Como nuestro buque era el primero que arribaba al país después de la paz todo se vendió muy bien. Los guardias no confiscaron sino algunos paquetes, llevados imprudentemente; y M. de Bougainville aparentó aprobar duramente este rigor, lo cual persuadió a los españoles que él no autorizaba de ningún modo el contrabando.

Por lo demás, dando algún dinero a los guardias españoles y también al oficial que los mandaba, se concluyó por no encontrar ninguna dificultad. La circunstancia notoria que nosotros no teníamos moneda española, y que la francesa carecía de curso en el país, hizo que M. de Bougainville, solicitara y obtuviera el permiso respectivo, para vender algunas cantidades de vino, aguardiente, aceite y muchas otras mercancías que le sobraban, abonando así las deudas del navío. En fin la buena inteligencia entre nosotros y los españoles duró todo el tiempo de nuestra estadía en Montevideo.

Diego de Alvear

Diario de viaje en la Banda Oriental (1783)

Cada uno de los pueblos se compone como de 50 ó 60 de las referidas familias de maragatos, las cuales bajo la dirección política de un sargento, que las gobierna, viven en otros tantos ranchos que ellas mismas se han construido al estilo del país, de paja totora o espadaña y de las maderas de coronilla, tala, mataojo y otras de que están vestidas las márgenes de aquellos arroyos. Tienen también su capilla y un sacerdote religioso encargado de las funciones espirituales. Su ejercicio

diario es la agricultura, cultivando cada individuo la chacra o suerte de tierra que le cupo en la distribución hecha del distrito señalado al pueblo. Este por ahora se reduce a la corta extensión de una legua, o poco más, en contorno; mas la situación es ventajosa y de vista agradable, como escogida a propósito en campañas tan dilatadas, y la calidad del terreno la más pingüe, fértil y amena; pero como estas colonias se hallan tan a sus principios, son también muy cortos los progresos de sus habitantes.

En el arroyo que hemos nombrado de los Canelones hay también otra pequeña aldea, llamada Nuestra Señora de Guadalupe, compuesta asimismo de 70 casas de paja cortadera y puntales, a excepción de dos recién construidas de cal y piedra; pero todas hechas con algún más primor, el que consiste no sólo en la distribución de ellas más acomodada, sino también que para darles mayor consistencia y lucimiento, embostaron las paredes con una mezcla bien batida, de bosta o estiércol de caballo y tierra blanqueándolas después con cal ordinaria, quedan las habitaciones abrigadas y decentes, y pueden durar de 15 a 20 años, con el solo cuidado de repararlas de cuando en cuando. La iglesia es de lo mismo; las calles tiradas a cordel con una gran plaza: y dista de Montevideo 9 leguas al norte. Guadalupe tiene de antigüedad desde el año 1778. Su vecindario sube a 2500 individuos entre criollos y europeos y maragatos, de los que muchos moran en sus estancias, fuera del pueblo. Dentro de su corto recinto se contaban hasta 12 pulperías, en que se vende vino, aguardiente, miniestras y otros comestibles, y alguna ropa de cargazón; y como esta especie de tráfico sea de bastante ventaja y algo más el de la compra y faena de cueros, son estos ramos a los que más se dedican los habitantes, desatendiendo en gran parte la agricultura, y reinando mucho la holgazanería u ociosidad, el juego de naipes y otros vicios. Los campos son fertilísimos, y de pastos tiernos y substanciosos para toda laya de animales y ganados. El arroyo dista como una milla de la población, y está sujeto a considerables crecientes, que no se puede pasar la mayor parte del año sino en canoas. Sus orillas abundan del árbol que llaman canelón, de que toma el nombre, de coronilla, de espinillo y frondosos sauces.

En el cura de los Canelones, residen las dos facultades, espiritual y temporal o civil, y su jurisdicción se extiende a las capillas de Sta. Lucía, San José, Pando y otros arroyos del pago. Sus rentas y ovencciones, que no bajan de 2.000 pesos, le abastecen de lo necesario y le dan para mantener un teniente cura; mas la iglesia no dejaba por eso de estar pobrementemente servida, y hasta con indecencia, abuso intolerable, digno de reparo. En el Colorado, Arroyo de las Piedras y Migueletes hay también sus capillas, pero éstas pertenecen ya al curato de Montevideo.

Toda esta península, de que hemos hablado, se halla poblada de multitud de grandes estancias de la propiedad de los particulares de Buenos Aires y Montevideo. La extensión de cada una es diferente; las más comunes tienen de 4 a 6 leguas de frente y tanto o poco más de fondo, pero las hay también mayores de 8, 10 y hasta 15 y 20 leguas, como las de Alzáibar, Viana, Aguirre, García y otros sujetos hacendados que adquirieron derecho a tan vastos territorios, denunciándolos como valdíos, y pasando después a tomar de ellos posesión, colocando varios ranchos en aquellos parajes más dominantes y hacia los ríos y arroyos, que les servirían de límites, en virtud de un título o despacho expedido por el gobierno, en aquellos primeros años, que empezaban a poblarse aquellas ciudades. En el día sería muy conveniente dividir estas grandes comarcas, a las que nunca puede atender un vecino solo, en suertes más pequeñas y razonables y repartirlas a los demás. La agricultura y cría de ganado se fomentarían por este medio, y el Estado interesa bastante en esta determinación.

Con todo en dichas estancias se cría un número de ganado vacuno, lanar y de cerda, y animalada, no menos considerable, mular y caballar.

Hay estancias que alimentan 20, 30 y 40 mil cabezas, y aún las hay de 80 y 100 mil. Estos animales tienen de sí la inclinación de vivir en sociedad: andan juntos comúnmente en tropillas crecidas o manadas de 4, 6 y 10 mil cabezas a que llaman rodeos. Estos se aqueñan en los cerros más elevados, en las lomas de mayor meseta y valles espaciosos. Allí pasan las noches reunidos abrigados de la incle-

mencia de los tiempos y libres de los insultos de los tigres, perros cimarrones y otras fieras de que abunda el país, y respetan siempre la estrecha unión de aquella gran república. Los estancieros se valen de esta propiedad del ganado para amansarlo y tenerlo sujeto. Sus peones salen a repuntarlo dos o tres días cada semana de todas partes, ojeando y dando voces; lo procuran volver sobre aquellos lugares más ventajosos, donde está iniciada la querencia; le dan varias vueltas y de este modo la acostumbran a un cierto número de rodeos en cada estancia, lo cuentan con facilidad, y el ganado se domestica, no extraña la gente, se deja gobernar al arbitrio de su dueño y no rebasa jamás los términos de su jurisdicción.

Todos los años por abril y mayo suelen herrar la cría del anterior que regularmente sube a la cuarta parte del total, y aún al tercio, en años fecundos y en estancias de buenos campos, donde cuidan de conservar las hembras, y procuran de todos los medios el fomento y la multiplicación, quemando a tiempo los pastos duros y malezas, para que retoñen nuevos tiernos; proporcionando al ganado muchas y buenas aguadas; y sobre todo, exterminando las fieras que lo destruyan. La yerra es una de las operaciones más célebres de las estancias y para ello se convidan comúnmente todas las gentes del pago. El ganado se encierra a este fin en un gran corral o cerco de estacas; los peones de a caballo van sacando uno a uno los animales enlazados por las astas; y al salir por la puerta, otros peones de a pie que se hallan allí apostados les tiran el lazo hacia las manos o pies sobre la misma carrera; y haciendo hincapié, asegurado el lazo con media vuelta dada al cuerpo voltean la res, sea vaca o toro, con una violencia increíble, y no menos destreza. A este tiempo llega otro peón, le aplica la marca caliente, y aflojando los dos lazos, la dejan ir libre. De este modo con una docena de hombres yerran en un solo día sobre 200 cabezas, y por el mismo estilo marcan los caballos, de que resulta que pierden muchos y los más quedan estropeados. En estas ocasiones suelen también practicar la castración, y los novillos, por su gran cuero, mucha grasa, sebo y buena carne, rinden sin comparación mayor utilidad que los toros. La faena de cueros es otra de las maniobras comunes y vistosas de las estancias. Cuando la intentan, se destinan 10 ó 12, de los cuales el uno va adelante desjarretando los toros a la carrera, con una especie de cuchilla de acero bien templado, que por su figura llaman medialuna enastada en un asta de 3 ó 4 varas de largo. Otro sigue después acodillando los mismos animales que encuentra, ya tendidos por el primero con un chuzo largo y delgado a manera de daga para no ofender los cueros; y los otros finalmente se emplean en deshollar, y sacar la grasa y sebo, único despojo de la res que se aprovecha. Los cueros conducidos después a la estancia, si no lo hacen allí mismo, los tienden y estiran bien por medio de algunas estaquillas, para que se sequen mejor y más pronto; y últimamente los apilan en paraje alto, libre de humedad, y ventilado, teniendo además la precaución de apalearlas de cuando en cuando para preservarlas de la polilla a que son muy expuestas. En estas matanzas se deben reservar las hembras, y así está mandado, a lo menos hasta la edad de 10 ó 12 años que son fecundas, después se esterilizan, y se pueden matar. Los toros también de la mitad de este tipo, se separan de las vacas, y demás ganado nuevo, y andan apandillados en grandes porciones lo que facilita mucho la faena de cueros.

En las estancias bien arregladas, en aquellas pobladas ya de ganado, con proporción a sus partes, la matanza o saca debe ser igual a la cría del mismo año, sin respeto a las hembras ni más atención que la de que recaiga su efecto sobre los animales de marca y de mayor edad. De otro modo el excesivo número devastaría bien pronto los terrenos propios, y no sirviéndole entonces de freno la querencia por falta de alimentos rebosaría a manera de un torrente por todas partes, rompería los antiguos diques y transmigraría a campos vírgenes cubiertos de yerba dejando desierta y desolada la estancia a su imprudente dueño, que no supo tomar justas medidas. En los años secos se agrega a la esterilidad de los pastos, la falta de abrevaderos o aguadas, y se dobla el riesgo de la deserción de los ganados.

Antes de dejar este punto, demasiado importante, para que no hayamos de volver sobre él en el discurso de este Diario, daremos idea del

lazo y de las bolas, armas únicas y terribles de las gentes de la campaña de que hacen un uso general y con que practican la mayor parte de sus maniobras. El lazo no es otra cosa que un torzal fuerte y muy flexible de dos, tres, o cuatro huascas o tiras de cuero y de 9 ó 10 brazas de largo. En uno de sus extremos tienen una presilla de correa doble con su hojal y botón por la que se prende a la cincha del caballo; y en el otro extremo se le pone argolla de hierro, como de dos pulgadas de diámetro, y bastante gruesa, con que se forma el seno o lazo escurridizo, que se arroja las más veces sobre la carrera del animal que se pretende enlazar. Para esto el jinete lo revolea con aire sobre su cabeza desde alguna distancia, y cuando llega a punto tira la malla abierta sobre la res, que persigue, y corriéndose la argolla, se estrecha fuertemente el lazo, y queda presa, ya por sus astas o cuello que es lo más común, ya por algún pie o mano, y a veces las dos a un tiempo. En este caso se procura tener el lazo tenso conservando siempre la distancia que permite, y ganando cuidadosamente en los diferentes escauceos del animal, hacia aquella parte que se desea conducir, se logra su efecto con facilidad. Otras veces que el ánimo es matarlo para carnear o sacarle el cuero: se aguarda que se pare, lo que no tarda en suceder, bien con la irritación o cansancio, bien por la oposición de toda bestia a ser conducida y arrastrada con violencia: El peón fía entonces a su caballo, sin recelo de ser confundido, el cuidado de no ceder un ápice de su ventaja ni aflojar el lazo, lo que ejecuta el noble bruto con rara lealtad, manteniéndose firme como un poste, o marchando y aun corriendo cuanto le es necesario, para desempeñar la confianza de su señor; y dando éste un gran rodeo se acerca por detrás a su presa, y con un cuchillo que jamás le cae del cinto, la desjarreta y degüella a discreción.

Las bolas o libes, arma no menos sencilla y útil que el lazo, produce más efectos a mayores distancias, con más seguridad y menos riesgo del jinete. Este ingenioso instrumento se reduce a tres piedras redondas y sólidas, retobadas en cuero, y unidas después las dos de ellas por un torzal como de tres varas de largo, de cuya medianía pende la tercera, que es menor que las otras, por medio de otro torzal de la mitad más corto, de forma que quedan las tres a igual distancia del centro. Su tamaño es diferente según el destino: las que emplean para el ganado mayor son como balas de a 4, para los venaos y avestruces son menores, y aún las hay hasta de la magnitud de balas de fusil, de que suelen usar para las aves. Algunos las tienen de hierro, o plomo, otros de madera; aquéllas abultan menos y duran más, pero tienen la nulidad de romper los huesos y quebrar las piernas a los animales; éstas se destruyen pronto, mas tienen la excelencia de sobre todas, porque saltan más, y con sus rebotes facilitan tiros más largos y seguros, y conservan el ganado sin lesión, por cuya causa se sirven de ellas para los caballos. Los torzales deben tener un grueso proporcionado a las bolas, y además, de ser muy sobados y flexibles para que puedan girar en cualquier sentido, y a este fin los enseñan frecuentemente, conservándolos escurridizos, correosos y nada expuestos a faltar en las ocasiones. Los libes alcanzan a la gran distancia de 50 ó 60 pasos naturales, y aún mayor según la pujanza y uso del boleador, que es doble o triple de la del lazo, y por esta sola circunstancia le hacen una ventaja infinita. Se arrojan del mismo modo a la carrera y a los pies de la fiera perseguida, para lo que se toma la bola menor en la mano, llamada por esto manija y revoleando las otras en círculo con violencia, se despiden abiertas, cuando se logra proporcionar el tiro. Desde luego las bolas con su impulso toman dos o tres vueltas a los pies del animal que se apretan por instantes con su mismo peso y flexibilidad de los torzales. El furioso bruto embravecido por aquel estorbo procura desembarazarse a fuerza de saltos, coces y corcovos, se las estrecha y liga más y más, hasta que rendido y amarrado fuertemente con diversos enredos y ligaduras cae en tierra al arbitrio del sagaz enemigo que dispone de él a su salvoconducto, triunfando por todas partes la razón de la fuerza.

Ninguna especie de animal o fiera se puede librar de semejante arma hasta las aves del cielo se ven muchas veces detenidas en medio de los aires a pesar de su velocidad, y perdido el uso de las alas y agobiadas del peso, caen a los pies del nuevo y diestro cazador. Mas como el hombre ha sido y es en todos tiempos el mismo, también ha

convertido ahora como en otra era, en su propio daño, los instrumentos de tan feliz invención y se hacen muchas muertes y robos con las bolas y el lazo. Con éste se arranca del caballo al mejor jinete, y arrastrando con violencia y furor parece sin defensas; con aquéllas perdida la menor distancia por la fuga, se bolea el caballo y detiene, y por un efecto de la más fatal execración se abusa siempre de los medios de la mejor industria. Una milicia constituida sobre el pie de montura, lazo y bolas de los gauchos o gauderios (así llaman a los hombres de campo) por la ligereza de estas armas, nada expuestas al orín, que excusan el peso y gasto de las municiones, su segura prontitud a obrar en todos tiempos, secos o de lluvia y finalmente por su mayor alcance, nos hace presumir, podría sacar alguna ventaja sobre el sable de la caballería de Europa, en algunas circunstancias de la guerra, no tiene duda que sería utilísima y a lo menos la novedad no dejaría de sorprender y causar su efecto en las primeras funciones. La fogosidad de los caballos europeos no sabría conservar su formación a los pocos tiros de bolas y el sable ni la bayoneta impedir los estragos del lazo.

Juan Francisco Aguirre

Noticias históricas y económicas sobre Montevideo (1783)

Estamos ahora en el caso de tratar de Montevideo y sus campos y es lo que vamos a practicar. No puedo menos de repetir que en todas mis noticias deseo la verdad y producir con la mayor sinceridad, como he dicho en otras ocasiones. Y por consecuencia que mis errores merecerán más disculpa en caso de que los haya como será natural.

La fundación de Montevideo con título de ciudad y advocación de San Felipe y Santiago, tuvo principio del 1º de Mayo de 1724, siendo gobernador de estas provincias del Río de la Plata, el Mariscal de Campo D. Bruno Mauricio de Zavala.

Las familias que dieron principio a su establecimiento se hicieron venir de las islas Canarias al cargo de D. Juan Francisco Alzaibar, quien fue uno de los más distinguidos de la población. El nombre de Montevideo se le da ya por el puerto conocido así por los antiguos al parecer por la vista del cerro. [...]

No cabe en la imaginación creer que hasta estos tiempos estuviese abandonada una población tan precisa. Casi de por fuerzas sin más estímulo ya que el de no pasar por unos hombres sin rubor, se puede decir nos vimos a este establecimiento, para hacer existir los derechos del rey a estas posesiones que iban usurpando los portugueses y cuyos frutos, los ganados, eran para todos los extranjeros que aportaban al río que no eran pocos. Por los años de 1720 establecieron los portugueses en este puerto una colonia. Se iba formando expedición para tomarla cuando en el de 22 la desalojaron y se retiraron a la del Sacramento, mandando el Sr. Felipe V se erigiera en plaza de fuerza arbitrando algunos caudales de su Real caja en el Perú y en cuyo agosto nombre conservará la posteridad esta fundación.

Seáse por falta de medios o descuido, así pasó hasta los principios de esta población la que en el día es cuando se conoce toda la importancia de su situación. No podía ser menos efectivamente. Es casi único puerto en el río de la Plata; llave de las inmensas provincias de estos dominios; domina el tesoro de estas campañas que son los ganados; ha sido el principio de que se extienda la población que es en algún

modo freno para que se contengan los portugueses en sus límites.

Correspondiendo las providencias a este modo de pensar se ha procurado poblarla, fortalecerla y enriquecerla siendo ya en el día una colonia bien floreciente. La entrada y salida de la navegación a este puerto que como se ha visto es considerable, la fuerza militar que siempre se conserva en la plaza, y el crecido valor del tráfico de cueros que obtienen estos vecinos, son unos puntos de tanta estimación que cada vez harán más interesante esta fundación.

La elección del terreno para ella fue una punta saliente al río y es la oriental que forma el puerto; muy buena elección porque a más de la comodidad de estar a la orilla, es una punta de lomada con declive para dar salida a las aguas.¹ Hay manantiales en su cuerpo pero cortos por cuyo motivo están recomendadas las cisternas y se van haciendo aljibes. El terreno es de tierra y arena, sobre piedra en la mayor parte. El piso que por esta razón y la del declive, debía ser bueno, es no obstante fatal en tiempo de aguas; como no están empedradas el tragín necesario les descompone.

El recinto que comprende la plaza es pequeño y ya en el día se empieza a notar falta de tierra para edificar. La mayor parte la rodea el río; y la menor es la comunicación de tierra. Lo sensible en este plan de formar el recinto fue que no avanzasen más a la campaña la fortificación, y es lo que se lamenta en el día; aún se dice por público que la disensión entre el ingeniero que dirigió estas obras y Alzaibar fueron la causa de esto por dejar, como así está, la casa de este vecino fuera de muralla. Reflexionando sobre la situación de la plaza se conoce que la idea de los fundadores fue que aquel recinto se tirase por el llamado cordón y es su propio lugar.

El método que se tuvo para delinear la ciudad fue una plaza en lo más alto del terreno y a la cual abocasen 8 calles las que después igualmente se subdividiesen a cuadras perpendiculares cada una de 112 varas inclusas las 12 de ancho de la calle. La dirección que se las dio fue de N. E. S. O. y N. O. S. E. El terreno de la población comprende 12 cuadras en la primera dirección y 8 en la segunda hasta las inmediaciones de las orillas. De este método se exceptuó la casa de Gobierno que se llamó el Fuerte la cual se trazó en la dirección de los cuatro puntos cardinales. Y esta excepción que se tiene por defecto, a mí me parece muy bien hecha para evitar una constante uniformidad que repugna al buen gusto; fuera de que el corte que hacen las calles y manzanas adyacentes es muy graciosa.

Muchos de los vivientes a quienes he hablado conocieron a Montevideo formado de ranchos, que son las chozas de España; y se aturden contemplando la velocidad con que se ha levantado la ciudad. En verdad que está según la vemos: se compone de casas de materiales, la mayor parte piedra, bastantes de dos altos, las más de tejados, y algunas de azoteas; mas las que se levantan van por el estilo que se observa en Cádiz y sus cercanías, aunque ni de tanta capacidad, ni magnificencia pero que siempre conservan en chico su vista alegre y comodidad de repartimientos.

Claro es que los principios no pudieron ser otros que humildes y pocos hasta que los fundamentos de sus vecinos adquirieron los cimientos en que apoyar su levantamiento. La abundancia siempre atrae a los hombres; aquella es hija de la tierra, cuando la pueblan pocos; y esto con una feliz situación para el comercio, ha contribuido a salir sin gasto y casi de repente de aquella humildad.

No por esto quiero persuadir que Montevideo sea capaz de ponerse en las ciudades de primer orden; no por cierto, pues, aun hoy mismo se observa que bastantes cuadras no están edificadas y estos espacios llamados huecos no sirven para más que apilar cueros. Pero es fácil comprender que no se tardará en llenarlos, según se nota escasez en la vivienda y ocupación en el albañil. Y por último sólo en mi concepto por ahora merece Montevideo lo que entendemos con nombre de pueblo lindo.

¹ La plaza está levantada sobre el nivel del mar 25 1/6 varas cuya desnivelación hacia el puerto es próximamente de 4 1/2 grados; en las otras no es tanto porque la loma se humilla hacia la punta.

Ningún edificio hay sobresaliente ni aun mediano. Dos iglesias hay ambas infelices. La primera la matriz o parroquia que se está arruinando y la segunda la de padres de San Francisco poco menos. Ya se habla de edificar de nuevo una y otra y se espera sean razonables. La matriz está en la plaza enfrente del Ayuntamiento, y San Francisco hacia el puerto. La capacidad de este convento ahora la hemos visto extenderse a una cuadra más que ha cercado sobre la marcha la comunidad obtenida la gracia del Exmo. Sr. Virrey. Es ya un cuadrilatero de dos cuadras de largo y una de ancho, terreno demasiado que hará falta.

Los jesuitas tuvieron una capilla en una casa que levantaron para dar ejercicios y de la cual ahora no se hace uso. En el fuerte hay otra capilla pero que tampoco sirve ahora. Algunas órdenes de religiosos han solicitado fundar pero se ha negado por ahora. Hay un hospital general para ejército y marina, y parte del que se levantaba para los vecinos, pero está suspendida la fábrica.

Antiguamente Montevideo era curato que alcanzaba a toda la población de la campaña y entonces ascendía la renta a más de 6.000 pesos. En la actualidad, o desde ahora 12 años, que su jurisdicción sólo tiene el pueblo y de terreno hasta el arroyo Miguelete vale 2.000. Pasa por el mejor curato del obispado y su sacristía en un buen beneficio Real.¹

La comunidad de San Francisco se compone como de unos 16 religiosos y son el yunque del pasto espiritual del vecindario. Por consiguiente las limosnas son abundantes, con las cuales y una chacra lo pasan bien, siendo una de las conventualidades más apreciables. Actualmente sin esta iglesia de castrense para la guarnición y también de Iglesia preferente para concurrir la ciudad a sus funciones de tabla, porque las disensiones y motivos que dio el cura que también se llama vicario han precisado al Exmo. Sr. Virrey a tomar semejante providencia. [...]

La población de Montevideo podrá regularse en el día como de 6.000 personas o 1.000 familias, sin incluir nada de lo militar. Se compone de diversas especies de gentes o castas, entre las cuales es considerablemente mayor la blanca o española y entre ésta mayor la de Europa, respecto la patricia.

La ocupación de otras gentes son el comercio y las artes precisas a toda población. En el primero puede suponerse el de los que componen el de Europa y el del país; los géneros de uno y otro ya se comprenden. Pero a más de los vecinos que tienen considerables estancias de ganados, son muchos más los que tienen pocos o ningunos, pero estos últimos son los que se conocen con el nombre de gauchos, y todos suministran el cuero. Sin embargo todo ajuste y giro se hace a moneda cuya especie no escasea.

Según algunos informes, aunque no tienen más apoyo que el juicio de los prácticos, puede regularse que esta población y sus dependencias consumen un millón de pesos anualmente. En esta suma debe entrar el mayor renglón del consumo que es aquella circulación tan ventajosa a toda población de los sueldos militares. La entrada de los géneros de Europa que se nota aún en guerra es considerablemente mayor al del consumo referido. Cuando llegue la paz no cabe duda se venderán estos efectos a menos de principal y costos. La extracción de cueros para Europa será un promedio de 300.000 al año.

Actualmente con el motivo de la guerra pocos son los cueros que se embarcan; y está la plaza llena de pilas en muchos huecos. Repútase que haya como millón y medio de ellos, lo que es un tesoro, pues al precio menor de 2 pesos que es el del día son 3 millones. Se trató sobre si sería conveniente llevarlos a tierra dentro y al fin se dejaron a la suerte de la plaza.

En estas pilas es donde se conoce la corpulencia y sustancia de los ganados de este país pues en la actualidad, he visto más de dos pilas en las que ningún cuero baja de 70 libras y muchos pasan de 80. Esto verdaderamente es un prodigio; pero es el caso que este peso debido al grueso del cuero, más que a su magnitud, es justamente lo que le hace menos apreciable en Europa, porque se ha reconocido procede de

¹ En 1796 vale el curato 3500 pesos y la sacristía 1000.

conservar mucha gordura, la cual fermenta en las tenerías y por consiguiente se corrompen. Remedios hay para que desde luego se compongan estos defectos, pero serían más costosos que el principal, cuando con todo este defecto siempre es preciso y útil en Europa.

Cada pila viene a ser desde 300 a 500 cueros, levantada como un pie del suelo sobre piedras para que las aguas corran por aquel claro; se empieza la pila sobre cuatro cueros y prosiguen diferentes capas del mismo número sobre otras, hasta formar un cubo de 3 varas aproximadamente. Llevar la pila de modo que no discrepe por su superficie mucho del plano horizontal y por la exterior de cada lado del vertical, es lo que rectifica el maestro apilador, por el conocimiento de los diferentes gruesos de los cueros, y magnitud de los mismos. Concluida la pila se tapa con cueros abiertos y se pasan diferentes vueltas y amarras de correas o guascas, para que quede asegurada la pila contra vientos y aguas. Pues quedando bien acabada ni aquéllos ni éstas las hacen impresión.

El cuero en la pila está doblado por medio y conserva sus garras, esto es los extremos de pies y manos, los cuales quitan para embarcarlos, pues siendo mucho más gruesas que el resto del cuero harían malísima estiva. En el comercio un cuero son 40 libras¹ y sobre ellas se regulan el número de cueros, se han más o menos para deducir los derechos que son dos pesos por cada uno al ramo de guerra provincial y 4 por ciento de alcabala, regulado el cuero al precio corriente. El referido de dos pesos es el más bajo porque cuando empiece la saca tal vez subirá a 20 reales y aún a 3 pesos.

El cuero es un género que necesita continuo cuidado por que está expuesto a la cría de la polilla, que le haría una criba e inutilizaría. Para esto no hay más remedio, que sacudirlos con frecuencia, esto es, agarrar el cuero dos peones con una mano cada uno y en la otra un palo y golpearlo hasta que se conceptúe limpio. Este ejercicio, siempre que los cueros no tengan pronto embarco, exige del dueño de las pilas continuo entretenimiento de peones, con que se van aumentando los costos de estos efectos.

Hasta ahora que han venido los catalanes, no se hacía ningún uso de los desperdicios del cuero y res, pero la agencia de éstos nada deja, pues se llevan garras, astas, piel de caballo, burro y hasta crines, que son por ahora los efectos propios del país que se embarcan.

Entre los vecinos de Montevideo, se cuentan dos o tres caudales de más de 100.000 pesos y de menos poco más, quedando en lo común un pasar desahogado.

Los alimentos principales que son carne y pan son baratísimos. El abasto es libre y todos venden lo que quieran. Extramuros se hallan diferentes corrales para los novillos, que son toros castrados, en cuyas inmediaciones se matan y traen la carne en carretillas a la plaza. En el día tiran los dueños a sacar de 2 pesos a 3 por la carne de una res, fuera del cuero, grasa y sebo, vendiéndose al tiento por medios y reales;² por un real sale más de una arroba y en esta parte hay tanta abundancia, que se deja a la discreción de la familia, colgada en la cocina, donde siempre sobra.

El hervido y el asado de carne es lo fuerte de estas gentes y causa admiración ver la prodigiosa cantidad de carne que se come. No es exageración nada de lo que se dice, pues veo todos los días que la cuarta parte de una res entre cuatro esclavos, sin que les falte pan y otras cosas, es su consumo regular.

La abundancia de la carne, de cueros y garras, es motivo que se vean en Montevideo tantos desperdicios por las calles de estas cosas, las cuales sirven de alimento a perros, puercos y ratas que abundan igualmente. Por esto hay orden general de matanza de animales, que sirven para los presidiarios, por lo regular instrumentos de estas muertes. No cabe ponderación en esto particularmente de ratas, pues hasta entre los pies pasan de noche a uno, y, lo que es peor, que minan las casas

¹ Este cuero está regulado para el embarque: en la compra es por las garras 41 libras. En Buenos Aires es de 35; llámase también pesada.

² Este abasto está por remate, comunmente a 8 reales sale el cuarto a 2 pero el resto de la res o partes menores, aumentan los aprovechamientos.

con mucho detrimento de ellas. La ciudadela es uno de los edificios más deteriorados por esta causa.

El pan es rico y suele venderse a medio uno que pesará dos libras. Harinas hay cuantas se quiera y el quintal de la floreada es de 4 pesos. Es natural que dentro de poco se haga ramo de comercio este efecto.

El agua se vende en carretillas tiradas por cuatro bueyes y es particular la corpulencia de los de este ejercicio; conducen por justo una pipa, cuando parece que podrían arrastrar una torre. El valor de cada una de aquellas es 8 reales.

Se consumen caldos de Europa y de la tierra y hay abundancia. Caza y pesca se puede adquirir cuando se quiera aunque por ahora no es mucho; de la primera hay patos, perdices grandes y chicas, becacas, palomas, tórtolas y cotorras; de la segunda congrios, corvina, que son tal cual, pejerreyes, lenguados y de los comunes surubies; los catalanes salen ahora algo al río y traen la primera especie.

La plaza está surtida de varias especies de menestras, verduras y frutas, que se cultivan en estas inmediaciones. Entre las frutas sólo hay especies de Europa y ninguna americana porque el clima no las produce aunque se ha procurado de plantarlas. La manzana es la que por ahora se encuentra ser rica; la pera es rica y el durazno tiene mucha opinión; la frutilla o fresa es de tamaño [...] grande, pero no como el gusto y a excepción de ésta que es escasa, pues no dan más de tres por medio; de las otras hay abundancia como también de melones y sandías. Entre las verduras hay alcahuciles, alcachofas, lechugas de diversas especies, coliflores, repollos, etc. y cuanto se quiera. Lo mismo se puede decir en cuanto a menestras, y en esta parte es de celebrar lo que produce el trigo, pues a más de ser un grano grueso y sustancioso, está regulado que nunca baja la cosecha de 20 por uno.

Las chacras están por estas inmediaciones a orillas de un arroyo llamado de los Migueletes. El tiempo de sus producciones como también de sus flores es desde la primavera al otoño, y por esta circunstancia suele ser ocasión de paseo. En una palabra el país ofrece conveniencia y regalo.

El vestuario de estos habitantes no diremos que es magnífico pero sí rico y a la moda que viene de Europa. Los paños finos; las medias de seda y otras telas de este género son generales, pues es más grande el número de los que lo consumen, que el que se viste de géneros ordinarios. No falta el traje militar en los hombres, pero lo general es de capa. Ninguna mujer se peina andando siempre de redecilla, al estilo y traje de Europa. Y es de celebrar que las más de las señoras, cosen, cortan y labran sus trajes, sin más necesidad que ver un original venido de allá.¹

La concurrencia militar de armada y ejército, mercantil, etc. que hemos referido, forma en Montevideo una sociedad según el humor que reina en la mocedad. El baile, el juego, el paseo y la galantería, no escasean; ni tampoco las tristes consecuencias de tal vida, como son disgustos, desavenencias y desgracias.

¹ Siguiéndose el estilo de España, cuando se ha hecho común el peinado, sucede aquí lo mismo: la redecilla se ha desterrado. En los hombres igualmente es ya general.

Alejandro Malaspina

Estada en Montevideo. Excursiones y aprestos para la campaña sucesiva (1789)

Sept. 20. — La noche apacible nos dio lugar a concluir casi de un todo la faena de amarrarnos según la costumbre del puerto, tendiendo por largo y por la proa dos cables, uno al sudoeste y otro al sudeste, y sujetando la popa con un calabrote al norte. En esta posición demostraban, la cumbre del cerro al oeste; su punta saliente con restinga al oestesudoeste; las piedras negras del fondeadero al norte $3^{\circ} 0'$; al fondo 16 pies, lama suelta con viento del sur y 13 con las vaciantes del norte. Distábamos como un cable y medio de la "Sabina" y dos y medio del muelle. La "Atrevida" se amarró del mismo modo y a corta distancia de nosotros.

No parecía a primera vista asequible el levantar el plano del río. Debía ser objeto más bien de muchos meses que de pocos días. El emprenderlo sin esperanza de concluirlo bastaba para retraernos de toda idea de esta especie, ni por otra parte debíamos sacrificar a esta obra un día siquiera del próximo verano, destinado con preferencia a las costas patagónicas y tierras del Fuego.

Pero examinados con más madurez estos obstáculos y bien graduadas así nuestras fuerzas, como el tiempo indispensable de nuestra permanencia en el puerto, no sólo por la estación temprana, sino también por los muchos aprestos que necesitaban los buques empezaron a disiparse las dificultades y a parecer fácil el que una Oficialidad activa e inteligente y un acopio de instrumentos astronómicos y geodésicos, cual era el de las corbetas, combinasen en sus pasos esta nueva utilidad.

Establecido el observatorio en Montevideo, en el cual al mismo tiempo se comparasen cotidianamente los relojes marinos y se emprendiese una serie no interrumpida de tareas astronómicas, así para la determinación de la longitud como para coadyuvar a los progresos de la misma Astronomía, podíamos mirar este punto como el centro o reunión de nuestras excursiones, y convidaban a ello: no menos su posición casi equidistante de todos los parajes importantes que debía abrazar la carta, que el paradero en él de las corbetas, el cual nos daba lugar a trabajar con más descanso y a no omitir el apresto más breve de ambos buques.

Desde el día siguiente quedó, pues, decidido, que don José Bustamante y los Oficiales subalternos Valdés, Quintano, Concha y Vernacci pasasen en una sumaca¹ a Buenos Aires; y de allí, con auxilios que el Virrey les prestase, emprendiesen el reconocimiento de la costa meridional del río desde aquella capital hasta el cabo San Antonio. Tomaron otros a su cargo el reconocimiento de la costa hasta Maldonado. No quedaría después sino la parte comprendida entre Montevideo y la Colonia del Sacramento, la cual sería fácil explorar al regreso de Maldonado.

Los tiempos no permitieron navegar a Buenos Aires antes del 28. En el entretanto se aprovecharon todos los instantes para que don Felipe Bausá midiese una base en el fondo de la rada y otra hacia la punta Las Carretas, y con marcaciones correspondientes emprendiese el plano del puerto y la situación de los puntos adyacentes. Fue luego en la mañana del 26 a marcar con el teodolito desde lo más alto del monte Urdeo todos los puntos a la vista, entre los cuales el Pan de

¹ Sumaca es una especie de goleta con cubierta y sirve sobremanera para la navegación del río.

Azúcar y la isla Flores tomada en sus extremos, eran objetos de la mayor importancia para nuestro intento.

Le acompañaron también don Antonio Pineda y don Luis Nee. Habían ya herborizado y cazado en las inmediaciones del pueblo; encontraron, no obstante, en qué paecer su curiosidad y confirmaron la primera idea de la suma abundancia en aquel suelo de plantas aún no bien conocidas en las descripciones botánicas.

Las primeras comparaciones de los relojes nos habían indicado que su movimiento era bien diferente del que le habíamos determinado en Cádiz. El 61 había disminuido de 3" diarios, próximamente. Había aumentado su retardo el número 13 hasta 1' 11" diarios y el número 72 aceleraba de 14" a 16" por cada día medio. Pero reducidos sus resultados a la isla Lobos, situada por las observaciones astronómicas hechas por el Brigadier don José Varela, en Montevideo, podía conjeturarse que sólo el 72 había padecido esta alteración en la época en que lo habíamos sospechado. Los 13 y 61 combinaban su marcha primitiva con una longitud tan aproximada, que el primero sólo daba 4' menos y el otro 14 de la que inferimos después de nuestras operaciones,¹ y así nos confirmaban en la seguridad que la situación determinada a la isla Trinidad y sujeta particularmente al 10, poco o nada se apartaba de la verdadera.

La diferencia de meridianos entre la isla Lobos y Montevideo fue de 1° 24' 42" por el número 61. Resultó la de 1° 24' 8", por un promedio de los números 10 y 105 de la "Atrevida", conformes con nuestras operaciones trigonométricas.

Sept. 27. — Ya el 27 de septiembre don José Bustamante y los Oficiales destinados a Buenos Aires habían determinado emprender el camino por tierra hasta la Colonia del Sacramento, y de allí con la chasquera, o embarcación del correo, transitar inmediatamente a aquella capital. Quedó Vernacci con el cuidado de conducir por agua la colección de instrumentos de la "Atrevida" y el cronómetro 61, y tuvieron orden de acompañarle un pilotín y un soldado de la marina. El camino a La Colonia, que los naturales suponen de 42 a 44 leguas apartándose mucho de la orilla para vadear con más seguridad los arroyos, resulta, no obstante, mucho más corto en nuestros planos. Pasa por el Canelón, el Campamento, San José, Jufre, Rosario y El Sauce, en donde hay puestos de dragones con caballos del Rey. Estos se franquean al pasajero con un dragón que le acompaña mediante un paso u orden de auxilios del Gobierno de Buenos Aires o Montevideo. Los chasquis, o extraordinarios, los correos periódicos y la comunicación hasta los puestos del Río Grande, por Maldonado, llegan así a su destino con una brevedad de la cual fuera difícil dar una cabal idea sin temer de ser tachados de exageración. No faltan en el camino algunos pueblos y aun muchas estancias² en donde el pasajero pueda encontrar un buen acogimiento. La carne y la leche allí son frutos más bien de la naturaleza que de la industria, y pueden caracterizarse de ningún valor.

Los Oficiales llegaron a La Coronilla en la noche del 28, y en la mañana siguiente a Buenos Aires, así al mismo tiempo en que fundeaba la sumaca en la cual Vernacci conducía instrumentos y relojes. En una travesía de pocas horas, y sujetado a comparaciones anteriores y posteriores, había determinado el número 61 la diferencia de meridianos entre nuestro observatorio de Montevideo y la casa del Cabildo de Buenos Aires, de 2° 10' 22", igual absolutamente a la que había deducido de sus observaciones el Brigadier don José Varela.

La actividad de nuestros oficiales encontró la correspondiente protección en el señor Marqués de Loreto, Virrey, a la sazón, de aquellas provincias. Establecieron un observatorio en el cual diferentes distancias meridianas al cenit, tomadas al norte y al sur con el cuarto de círculo, determinaron la latitud de 34° 61' 39". Emprendieron una serie de triángulos sobre base medida, llevándola hasta la ensenada de Barragán, sin permitirles el terreno penetrar más al este; y dispusieron

¹ Como se verá más extensamente en el "Diario Astronómico", las observaciones correspondientes a las nuestras han aproximado mucho más aquellos resultados.

² Llamam estancia en la provincia de Buenos Aires a un terreno determinado en donde haya pastos y ganado vacuno.

la total habilitación del paquebot "Belén" y una chalupa, pues era preciso preferir un reconocimiento por mar a los que pudieran intentarse por tierra, no menos por las dificultades que ofrecían las distancias y caminos, como por el riesgo funesto a que podía arrastrarlos la suma proximidad de los indios pampas a las orillas del cabo San Antonio. Se encargaron de esta operación importante los oficiales Concha y Vernacci, embarcándose en el "Belén". El 10 de octubre se perdieron de vista ambos buques, y el 12 regresaron a Montevideo don José Bustamante, don Cayetano Valdés y don Fernando Quintano, con una travesía de veinticuatro horas.

Desde el 29 del pasado septiembre, sistemadas, como ya se indicó todas las medidas para la prontitud de los aprestos, se había emprendido por tierra también el reconocimiento de la costa desde Montevideo hasta el cabo Santa María. Iban el cabo 105 del comandante de la "Atrevida", algunos sextantes, un teodolito y todos los utensilios para medir bases y sondar, y se habían unido a don Felipe Bausá y a entrambos naturalistas, el Capitán de Fragata don Santiago Liniers, segundo comandante de la "Sabina", y el piloto don José de la Peña, siendo de la mayor utilidad, así la pericia del segundo en el conocimiento de las costas, como la destreza del primero en acopiar por medio de la caza mil objetos útiles a la Historia Natural.

El 30 por la noche estuvieron al pie de la montaña denominada el Pan de Azúcar. Con este motivo, a la siguiente mañana determinaron subir a la cúspide Bausá y Peña para hacer marcaciones con el teodolito en todos los puntos de la costa. Pineda, Nee y Liniers, con el de examinar científicamente un suelo montuoso que en aquellos países debía dar otro semblante a la naturaleza, del que presentan las inmensas pampas o llanuras que le componen por todas partes.

Era bien el fin del crepúsculo cuando llegaron a Maldonado los instrumentos, y poco después, en dos grupos, las diferentes personas que habían subido al monte. La litología y la botánica lograron en esta excursión de unas ventajas considerables: las marcaciones daban ya sujetos todos los puntos principales de la costa, y a pesar de lo escarpado del monte, ni los instrumentos ni los viajeros habían padecido el más leve daño.

Oct. 1º — El día 1º de octubre se les presentó con un semblante aún más favorable. Emprendieron inmediatamente el levantamiento del plano del puerto, el cual, con un trabajo constante hasta las cinco, quedó concluido en todas sus partes. Los naturalistas y Liniers, los cuales habían empleado la mañana en poner orden a las muchas adquisiciones hechas en el camino, fueron por la tarde a Pueblo Chico, población distante de Maldonado como dos leguas, y compuesta de familias portuguesas expatriadas del Brasil o de españolas traídas en los últimos años para poblar la costa patagónica y depositadas entonces en las inmediaciones de Maldonado.

Oct. 2. — El 2, concluidas ya las operaciones y examinado el país inmediato en cuanto el tiempo lo permitió, emprendióse el viaje de regreso, y hechas marcaciones en diferentes puntos de la costa, cuales fueron Punta Ballena, Punta Negra y la embocadura de Pando, lograron restituirse a bordo en la tarde del 4, viendo con mucha complacencia que no se había alterado la marcha del 105, y que sus resultados, conformes con las primeras determinaciones no discrepaban sino pocos segundos de las operaciones trigonométricas traídas al Pan de Azúcar, desde Maldonado y desde Montevideo. En el entretanto, don Francisco Viana, a cuyo cargo había quedado la corbeta por enfermedad de don Manuel Novales, adelantaba considerablemente los aprestos.

Todos los trabajos emprendidos procedían con igual actividad. No era menor en la "Atrevida" la del Teniente de Navío don Antonio Tova; y don Dionisio Galiano, siguiendo con tesón las operaciones astronómicas, había observado en la mañana del 27 la inmersión del segundo satélite de Júpiter; determinada después la marcha del péndulo y de los relojes marinos, observadas casi diariamente la inclinación y declinación de la aguja, y por diferentes alturas meridianas de estrellas bien determinadas en el catálogo de M. La Lambre, deducida la latitud del observatorio. El trazar diariamente la órbita de la luna y calcular con operaciones gráficas la hora y pasaje de las ocultaciones de las

estrellas, había sido un trabajo que, si bien infructuoso hasta entonces, denotaba no menos la exactitud de aquel oficial astrónomo, que la utilidad que sacaríamos en lo venidero de este examen incesante de la marcha de la Luna.

Los guardias marinas y los pilotos destinados a sondar el puerto, interior y exteriormente, no se habían tampoco descuidado en este examen preciso para la exactitud de nuestros planos, bien que lo hacía siempre dudoso la diferencia del nivel del agua en el puerto, más baja por lo común de cuatro a cinco pies con los nordestes y noroeste, de lo que lo es con los vientos del sudeste, sur y sudoeste.

Oct. 13. — Ya regresado Bustamante a Montevideo, emprendióse el 13 de octubre nueva excursión a Buenos Aires. El tiempo, algo indeciso, nos determinó a ir por tierra: los señores Pineda y Nee prefirieron la sumaca y tuvieron la felicidad de llegar al día siguiente por la tarde a la Colonia del Sacramento, pocas horas antes que los demás.

Era nuestro ánimo, llevando un sextante, una aguja y el reloj 105, el examinar desde los parajes más cómodos la continuación de la costa hacia el oeste, de suerte que esta parte quedase bien ligada y sujeta a enfilaciones como las demás: pero como fuese que el camino se apartaba mucho de la orilla, hallamos difícil esta empresa sin el sacrificio de dos o tres días, el cual parecía tanto más considerable cuanto mayor era el riesgo de que unos tiempos más oscuros no permitiesen luego el observar en La Colonia, cuya latitud y longitud debían sujetar oportunamente la dirección y extensión de la costa intermedia. Con estas reflexiones seguimos el camino directo apartándonos sólo hacia el arroyo de la Caballería, desde donde por medio de algunas marcaciones se tomó la dirección de la costa al este en cuanto alcanzase la vista.

Oct. 14. — Los señores Pineda y Nee habían ya herborizado en la misma tarde con mucha felicidad. La tuvieron aún mayor en la siguiente mañana, en la cual, habiendo pasado a la isla San Gabriel, paraje oportuno para las observaciones de latitud y longitud, juntaron en poco tiempo tal variedad de arbustos, yerbas y flores, que parecían más bien fruto del examen de un país entero que de una isla pequeña.

Retirados así poco después del medio día a bordo de la sumaca, y hechas nuevas marcaciones, dimos la vela para Buenos Aires con vientos del sur y sudeste galenos. Nuestro rumbo fue, por largo rato al oeste y oeste cuarta al sudoeste, con el cual, y a una distancia andada de cuatro y media a cinco leguas, avistamos las torres de Buenos Aires por el sudoeste y logramos fondear al ponerse el sol, en sus inmediaciones. La corriente, a la sazón, era muy lenta para fuera.

Oct. 19. — Nuestra demora en Buenos Aires fue únicamente de cuatro días. Tuvimos, sin embargo, la satisfacción de ver regresar a los señores Concha y Vernacci, concluida completamente su comisión; y examinada a nuestra vuelta en Montevideo la marcha del 105, después de una travesía de pocas horas en la sumaca, no sólo se halló ésta conforme con las determinaciones anteriores, sino también la diferencia de longitud que había asignado el número 61 entre Buenos Aires y Montevideo.

Oct. 20. — No menos favorable había sido esta última época para el doble objeto de completar el plano del río, sin causar la menor demora en los aprestos ni en la salida. Bustamante y Valdés habían concluido casi en un todo las obras interiores de los buques y el embarco de víveres y aguada. En una pequeña balandra fletada para el intento, los señores Robredo, Bausá y Peña, llevando consigo el cronómetro 72, habían observado la longitud y latitud en el paralelo y el meridiano del banco Inglés, sondando hasta las inmediaciones de la isla Flores y por su banda norte. Con la misma balandra don Antonio Tova y el Guardia Marina Aliponzoni, se hallaban ahora en el río Santa Lucía para examinar aquel fondeadero, buscar un bajo no distante en la punta del Espinillo, de seguir los triángulos lo más al oeste que fuese posible, y, entre tanto, no se olvidaba el sondar las inmediaciones del puerto, y Galiano continuaba sus tareas astronómicas en el observatorio.

Oct. 26. — El 26 regresaron de Buenos Aires los señores Pineda y Nee; el primero había hecho en una excursión a las Conchas, nuevas adquisiciones importantes para la Historia Natural. El segundo, había

examinado las inmediaciones de aquella capital, y entrambos desembarcándose en Martín García, dentro de la embocadura del Paraná, habían después, en un viaje de cinco días, reconocido el terreno comprendido entre aquel puerto y Montevideo. Finalmente, el 31, con la reincorporación de los señores Concha y Vernacci, logramos ver reunida toda la Oficialidad.

Se reemplazaron con este mismo motivo los marineros díscolos, los enfermos y los desertores, librada una paga a la Oficialidad de mar, tropa y marinería, y se hizo señal de aprontarse para dar la vela.

Nov. 1^o — Con haber anticipado a la marinería el leve socorro que indicamos, era nuestro ánimo el de manifestarle un premio al trabajo, hacer una nueva experiencia de su conducta y desapego del desorden y, finalmente, no enturbiar con sus vicios, ni se inclinasen a ellos, las próximas fiestas que en Montevideo se preparaban para la jura de S. M., felizmente reinante. Concluidas las faenas a bordo, se dio licencia a todos para que fuesen a tierra por tres días. Se detuvieron para el servicio de las embarcaciones menores los que habían tomado nuevamente plaza en reemplazo de los enfermos y desertores o los que enfermos desde la salida de Cádiz, sin haber aliviado a sus compañeros en el trabajo, se hallaban en el día perfectamente restablecidos.

Los primeros días del mes de noviembre eran demasiado favorables para la Astronomía, para que no intentásemos aprovecharlos, tanto más que no quedaba aún bien segura la longitud de Montevideo, por las circunstancias poco favorables de las observaciones del primer satélite de Júpiter, o por la órbita de la Luna, que aún no había proporcionado ocultación alguna visible de las estrellas hasta de sexta magnitud. Don Dionisio Galiano había preparado los cálculos preliminares. El eclipse de la Luna y el paso de Mercurio por el disco del Sol, merecían toda la atención. Podía no proporcionarse esta observación en Europa, por la obscuridad bien natural en los principios del invierno; ni allá podía ser visible la emersión del planeta, la cual debía acaecer en Montevideo entre dos y tres de la tarde.

Nov. 2. — En la noche del 2, que fue sumamente clara, pudo observarse el eclipse parcial de Luna: empezó a las 7 horas 41', tiempo verdadero, y feneció a las 9 horas 48' del mismo catálogo. Asistieron todos los oficiales libres, y en los intervalos que dejaban las observaciones indicadas, se ocuparon en medir distancias de la Luna a las estrellas, cuyos resultados quedaron luego agregados a los que se habían observado anteriormente.

Nov. 5. — El día 5, al amanecer, nuestro sobresalto era por precisión muy grande. Una porción crecida de celajería obscura parecía querer inutilizar los aprestos. No podían conseguirse siquiera dos alturas seguidas del sol en el cuarto de círculo para las correspondientes de la tarde: se habían preparado los eliómetros y, sin embargo, no bien disipada aún la celajería fue absolutamente imposible el ver el ingreso del planeta; pero luego se observó su ruta por Galiano con el cuarto de círculo, y por Vernacci en el eliómetro. La emersión pudo determinarse con entera satisfacción de entrambos.

En la misma noche observóse la inmersión y la emersión de Tauro por la Luna y, finalmente, en la siguiente del 6 fue también una observación de mucha importancia la inmersión del primer satélite de Júpiter a las 3 horas 3' y 11" de la mañana, observación que comparada a las horas de las Efemérides dio para el observatorio la longitud occidental de Cádiz de 50° 5' y 45".

Nov. 7. — Tomadas el día 7 las alturas correspondientes para la exacta determinación de la marcha del péndulo, se encajonaron todos los instrumentos y sólo atendióse a ordenar los planos y los acopios relativos a la Historia Natural. El señor Virrey había agregado a las dos corbetas un bergantín de la plaza mandado por el Piloto don José de la Peña. Debía seguirnos al andar de la costa patagónica y regresar desde allí o desde las Malvinas con los pliegos y noticias que se le diesen; con este motivo le comunicamos ahora las instrucciones oportunas y se le dieron los auxilios necesarios para que estuviesen pronto.

Nov. 12. — Concluidos así todos los objetos que podíamos abrazar en aquella parte de los dominios de S. M., metidas las embarcaciones menores y ya desamarrados, creímos poder dar la vela en la mañana del

12; pero ni el viento fue favorable ni dejaba de inquietarnos la nueva deserción de algunos individuos en ambos buques. Lo avisamos la noche antes al Mayor de la armadilla para que trajese algunos reemplazos voluntarios. Fue preciso traerlos violentos y la mayor parte inútiles; apenas la "Atrevida" pudo completar su dotación; faltaban aún cuatro hombres en la "Descubierta". Hízose con este motivo una leva de gente vaga; a las seis de la tarde tuvimos a bordo los cinco hombres que nos faltaban, desechado uno inútil. La "Atrevida" completó y mejoró su tripulación.

Nov. 13. — Amaneció con vientos del nornordeste al nordeste, frescos y algo arrafagados; emprendimos inmediatamente el dar la vela y lo hubiéramos verificado en el instante si el Capitán del bergantín no viniese personalmente a avisarnos que el agua extraordinariamente baja y los mismos horizontes cargados por el sudoeste, le hacían creer no tardaría el tiempo sino pocas horas para declararse contrario y tempestuoso. Desistimos inmediatamente de la primera idea, y no bien habíamos echado abajo las vergas de juanete y calado sus masteleros, cuando el viento se declaró al noroeste, nordeste y este, tempestuoso. El agua había bajado aún más que el día anterior y ambas corbetas estaban varadas con proa al nordeste. A la fuerza del viento, que ya en la tarde podía llamarse un verdadero huracán, acompañaron una lluvia abundante y no pocos truenos y relámpagos. Sólo a las dos de la mañana cesó el temporal y amaneció con ventolinas del cuarto cuadrante, las cuales cedieron luego al sudoeste fresquito con semblante apacible.

La noche inmediata fue tranquila; amaneció hermoso y con viento bonancible del nordeste y norte, con el cual emprendimos inmediatamente el dar la vela.

José Espinosa

Noticias relativas a Montevideo (1789)

El río de la Plata puede compararse a un mar o golfo: hace horizonte; y si se cuenta su boca desde el cabo San Antonio¹ hasta el Santa María², será su anchura de cuarenta leguas. La isla de Lobos es un islote compuesto de rocas peladas, y sólo se le advierten algunos manchones con arbustos, estando poblado de lobos marinos y de muchas gaviotas, zaramagullones y otras aves. Más adentro se presenta la orilla norte del río, formada de tierras bajas cubiertas de vegetales, y a cierta distancia, cadenas de montes y colinas.

La isla Flores³ se compone de morros alomados y de rocas foliosas, como la que precede: tiene en su pie mucha peñolería, donde revienta la mar. Pudiera llamarse isla de los Pájaros, según la multitud que de ellos contiene.

Descubierto el cerro de Montevideo y la punta Carretas, se presenta la población: sus casas de un alto, y sus alrededores llenos de casas cubiertas de paja, de corrales y ganados. Los corrales son formados de estacas y revestidos de cueros. Hay una fortificación de cuatro baluartes, castillos o ciudadela, al este de la ciudad, en un paraje elevado, de manera que la domina. La ciudad se sitúa en una lengua de tierra que sale al oeste cosa de una milla. Está cercada de una muralla regular con ocho baluartes: baña el mar su circunferencia, excepto

¹ La situación de este punto se ha hallado en 36°21' latitud sur y 50°36'37" longitud occidental de Cádiz.

² Latitud 34°57'20" longitud occidental de Cádiz, 48°36'40".

³ Su extremo sudoeste se halla en latitud 34°56'. Longitud occidental de Cádiz, 49°52'30".

por el este, y se halla rodeada de peñascos en que se estrellan las olas.

Las murallas viejas no están muy bien conservadas, y sus fosos están llenos de yerba; de manera que al autor de estas Memorias no le parecía plaza de mucha confianza, por las pocas dimensiones de sus fosos y los barrancos y desigualdades de las cercanías que no se distinguen bien desde la plaza. Una batería a barbata que se halla enmascarada a la orilla del río —parece que en la parte más occidental de la lengua en que se sitúa la ciudad— proporciona más sólida defensa contra las embarcaciones que se acerquen al puerto. En tiempo de paz tienen desmontados sus cañones; las explanadas, durmientes, batientes y demás pertrechos se guardan en el parque de artillería, y se tienen prontos para ponerlos en batería siempre que la ocasión lo exija.

El Capitán de Fragata Liniers tenía la idea de adoptar para la defensa del río de la Plata un número de lanchas cañoneras, que bajo los fuegos de la plaza hiciese la más vigorosa oposición contra cualquier enemigo. Cuanto se puede esperar de estas máquinas, lo acreditan los sucesos de ellas en Gibraltar, Argel y últimamente en el Mar Negro y en el Báltico. Estos habitantes son muy diestros jinetes y prácticos en el terreno, y formarían sin duda un respetable cuerpo de caballería contra cualquier invasión.

Se construyó esta plaza¹ en 1724. Fue su primer gobernador y poblador don Joaquín Viana². Se emplearon los brazos de los indios tapes. Por los años de 1776, según las noticias de don Cosme Bueno, tendría mil familias de población; pero por las más recientes que hemos adquirido es en el día mucho más considerable, como luego se dirá.

Sitúase la ciudad en la parte norte del río de la Plata. Tiene su jurisdicción cuarenta leguas de norte a sur, y cuarenta de este a oeste, y su población se decía ser de 20.000 almas en toda ella; pero según el padrón circunstanciado hecho en 1781, parece era sólo de 8.973 españoles, 586 indios, 711 mulatos libres, 352 negros y 1.760 esclavos, que hacen el total de 12.382; incluyendo la población de Montevideo, enumerada en 4.405 españoles, 350 indios, 673 negros y mulatos libres y 1.088 esclavos.

Tiene la ciudad un Gobernador militar, un destacamento de dragones, compañías de infantería, algunos artilleros, una fragata de guerra y pequeñas embarcaciones de armadilla; sus Oficiales Reales y Administrador de Aduana, con los correspondientes guardas del registro; un curato con una iglesia de no buena arquitectura y un hospicio de franciscanos, cuya iglesia es también de pobre fábrica. Las casas de la ciudad son de un alto, de mampostería; las calles, mal empedradas, pero rectas de norte a sur y de este a oeste, que dividen la ciudad en varias cuadras. Muchos solares, poca limpieza y curiosidad; en tiempo de lluvia se transita con trabajo. Hacia la marina hay muchos albañales y estercoleros, donde se crían muchas y grandes ratas que infestan las embarcaciones. En los arrabales no se ven sino mataderos y carnicerías; toros que huyen de los jinetes que los desjarretan, toros que mueren, y hombres ensangrentados que con la mayor agilidad los desuellan, y extienden y clavan las pieles con estaquillas en el suelo, preparándolas así para que las embarquen los catalanes, que hacen el principal comercio.

Muchos propietarios hacen venir su ganado a las inmediaciones de la plaza para ahorrarse el transporte de los cueros, por lo cual se ven tan repetidas matanzas.

En los alrededores de Montevideo se respira el desagradable olor alcalino de las carnes. La vista se ofende con osarios y despojos de animales, sobre los cuales caen espesas nubes de pájaros voraces, gaviotas, gallináceas, caranchos y otros, que obscurecen el aire.

Tantos despojos de animales engrasan considerablemente las tierras, y se conocen por su negrura o color más oscuro, las que fueron antiguos mataderos.

¹ Está en latitud 34°54'48" y en longitud 50°5'45".

² El autor del *Lazarillo*, don Alfonso Carrión, dice que en 1731 con poca diferencia, dio principio don Bruno de Zabala a su fundación con catorce familias que se trajeron de Canarias; pero parece equívoca, al menos, en la fecha.

La población de Montevideo crece de día en día con la franquicia del comercio y la concurrencia de buques de los puertos habilitados de la Península especialmente, y de las embarcaciones catalanas.¹

Un clima análogo al de muchas provincias de España, la ocasión del transporte frecuente y la facilidad de vivir donde alimentos de primera necesidad están casi de balde, atrae muchos españoles. La mayor parte de la población está dispersa por los arrabales: las casas, ya apiñadas, ya en grupos, ocupan mucha extensión. Allí los guasos, o mestizos, gente de campo del país, viven en ociosa libertad, que suele parar en libertinaje, substraídos de la vigilancia de la policía. Hay en el terreno inmediato algunas huertas, que no se cultivan con el mayor esmero.

Algunos europeos son los que se dedican a la agricultura, y es su mayor trabajo destruir las muchas yerbas que produce el vicio de la tierra.

Uno de los parajes más amenos de las inmediaciones de Montevideo es el arroyo Miguelete, que descarga sus aguas casi en el centro del puerto, a más de dos millas de la ciudad, en la parte septentrional, después de haber atravesado huertas y bosques de melocotones, donde hay algunas buenas casas de campo.

El puerto de Montevideo es una ensenada en el río de la Plata, de forma de herradura u otra semejante, de tres millas de mayor diámetro. En la punta oriental de su boca se halla la ciudad, y en la occidental un cerro elevado en forma de pan de azúcar, que le debió dar nombre. El braceaje disminuye desde la mera línea de la entrada, considerada entre la punta más sur de dicho cerro y la de San José del pueblo, desde tres y media brazas hasta una. El fondo es un fango o limo muy blando, en el cual encallan las embarcaciones, sin riesgo en tiempo de pamperos: sólo padecerán algo en sus obras vivas los bajeles poco reforzados. Por otra parte, la naturaleza del puerto las defiende de los del este.

El cerro del oeste de Montevideo² tiene la figura de pan de azúcar, pero su altura es pequeña respecto de su base. Es la única eminencia que la naturaleza puso en estos parajes, y la mejor marca con que se reconoce el puerto.

Las tierras de la jurisdicción de Montevideo yacen a la orilla norte del río de la Plata: se componen de dilatadas llanuras, que no guardando un perfecto nivelamiento se inclinan unas a otras y forman senos, de donde salen venas de agua que forman arroyos y continuos prados donde se crían los más pingües pastos.

Los arroyos considerables y los ríos vienen de las montañas vecinas: todos desaguan en la orilla norte del río de la Plata: sus cauces son otras tantas alamedas que cruzan esta uniforme llanura, y suministran leña y agua para las pocas poblaciones que en ella se hallan. Las haciendas de los montevidéanos son grandes dehesas que se contienen por el frente por el río de la Plata, y por el este y oeste por dos ríos colaterales que descargan en él; por el norte se hallan abiertas, por cuya razón sitúan por aquella parte las casas de los capataces y guardas. Estos andan continuamente a caballo, rondan el ganado y hacen los rodeos correspondientes. Se sorprenden los europeos que por primera vez ven las inmensas caballadas y vacadas que vagan por estos llanos, que hacen horizonte en muchas partes. El caballo padre, con la crin tendida, capitanea la yeguada. El toro se encara al pasajero a distancia: están vacas con muchos y pintados colores, con becerrillos que las acompañan. Al acercarse el pasajero, yeguas, toros,

¹ Cuando estuvieron allí las corbetas "Descubierta" y "Atrevida" se contaron veinte embarcaciones, incluso dos correos marítimos y los buques de armadilla; setenta tiendas de catalanes, donde se vendía todo género de lienzos pintados, indianas, pañuelos, cinta, lienzos, zapatos y demás manufacturas de Cataluña. Los dueños de la embarcación establecen en tierra sus tiendas, y permanecen allí los meses que necesitan, hasta que venden su cargamento: llevan en cambio cueros al pelo, cuyo consumo es considerable, y madera del aire, a la que han dado valor en estos últimos años, y dan un real de aquella moneda por cada par de éstas. El frugal catalán no pierde el tiempo durante su forzada detención: pesca en el río, se alimentan de pescados, venden el sobrante, y cuando no hallan compradores, secan mucha parte para el rancho de su viaje de vuelta. Otros realizan pequeños viajes a Maldonado y hacen otros pequeños comercios. Resplandecen en estas colonias principalmente los progresos del comercio y el acierto de las sabias providencias que lo animan.

² Su latitud 34°53'4", longitud 49°13'45".

vacas, todos corren: temen que los vayan a enlazar. Esta insidiosa arma es el terror de los animales.

Entre Montevideo y Maldonado se hallan los ríos Solís Chico, Mosquitos y Solís Grande. Entre ellos se cuentan algunos arroyuelos de poco nombre: todos tienen arboleda, aunque de poca magnitud. En los parajes bajos se encuentran muy pequeños y desiguales fragmentos de conchas, que el mar depositaría en algún tiempo. De dos en dos leguas se ven casas de paja, que son lo que en España llaman cortijos o ranchos de ganaderos. Otras habitaciones pertenecen a los puestos de Dragones, donde hay pequeños destacamentos para servicio de la posta y cuidado de la caballada que la mantiene. Estos puestos, según su importancia, están a cargo de cabo, sargento u oficial, con correspondiente número de tropa, la que, tan dividida y esparcida, apenas tiene de tal sino el nombre: hay destacamentos de dos y de tres hombres; rara vez ven su compañía. Cuando estuvo el autor de esta descripción se hallaban sin vestuario. Sólo por el bigote se reconocían por Dragones.

Si se extiende la vista entre Montevideo y Colonia del Sacramento, se registran los ríos Santa Lucía, San José, Jufre, Coya, Los Padres y El Sauce, que son los más considerables, vadeables en verano y aún con poca agua muchos de ellos. En sus orillas tienen asiento las siguientes poblaciones: las más modernas, hechas por el Rey y por particulares: Unas son formales, y otras, casas esparcidas, a saber: (según un estado hecho por la ciudad de San Felipe de Montevideo, en 1787).

	<i>Casas</i>	<i>Personas</i>
Miguelete y Pantanoso	420	1430
Piedras y Colorado	240	854
Arroyo de las Brujas	152	647
Canelones Grande, Chico y Cerrillos	88	484
Santa Lucía Grande	54	252
El Tala	62	220
Santa Lucía Chico, Pintado y La Cruz	55	200
Arroyo de la Virgen	54	353
San José, Cagancha (de ambas bandas) ..	83	378
Carreta Quemada	21	171
Chamizo	30	321
Arroyo de Sierra y Mereles	40	316
Sauce y Pando	37	207
Solís Grande y Chico y Villa de Minas ...	50	371

Aumentó la población desde 1781 hasta 1787 en número de 2.360 personas, y se levantaron 529 casas más, siguiendo cada día el aumento por las causas que se dijeron.

En varios de los arroyos que desaguan en los de Santa Lucía y San José se encuentran pepitas de oro, y en el paraje que llaman Las Minas, según les informaron, de plata, plomo, oro y cobre. De oro vieron en Montevideo pepitas, cogidas en la jurisdicción. Pero estas minas se hallan en abandono por falta de inteligentes que las trabajen.

La ocupación y comercio de los habitantes de Montevideo es la cría de ganado caballar y vacuno, en la cual tiene la mayor parte la naturaleza, pues estos útiles animales se crían en las regiones bonaerenses por sí mismos, sin que el hombre ponga otra diligencia que plantar el hierro al ganado que padece por su hacienda. La abundancia de los pastos y la vasta extensión de las dehesas promueven la propagación de estos animales, en razón de la cantidad de alimentos que se encuentran, sin embargo de que hasta aquí matan el ganado sin distinción de jefes, edades, ni tiempos, lo que debe verdaderamente contribuir a la disminución de su número, como se verifica. Otro cuidado de estos provinciales es rondar las entradas de las haciendas, las matanzas, etc. Se emplean también en sacar el sebo. En el día se hacen ensayos para hacer extracciones de carne salada, la que preparan muy bien, según el método de Irlanda.

Hacen del cuero de vaca cuantos utensilios y muebles necesita la vida humana. Como el cuero humedecido es una lámina flexible que recibe cualquier forma, y ésta la retiene cuando se seca, le aprovechan maravillosamente. Hacen cofres, petacas que se conocen bien en España, jaulas para cotorras, botas, cuerdas de toda especie y, sobre todo, graneros en que guardan trigo y otras semillas. Esta manufactura merece particular descripción: sacan la piel de la vaca mediante una incisión en la región del vientre y ano, con tanta perfección que, rellenándola de cualquier materia, parece, de lejos, que vive la res. Estas singulares trojas o arcas las llenan de semillas y dicen que se conservan muy bien.

Los cueros tienen el valor de 10 reales de plata dentro de la hacienda, y concurre a su extracción gran número de embarcaciones catalanas. Las astas, que han tomado valor de pocos años a esta parte, valen un real de plata.

Los caballos prestan no menos útiles servicios. Sin ellos no se manejarían unas haciendas tan dilatadas y desiertas. Los montevidenses se acostumbran tanto a su ejercicio, que ni pobres ni aun esclavos andan a pie. Se ve pedir limosna a caballo y picar los bueyes que arrastran una carreta. Regularmente caminan a trote vivo o a gran galope. Los caballos sufren la fatiga en un grado increíble si no se viera. Los que dieron para las excursiones a que concurría el autor estuvieron un día en el foso sin comer, y después corrieron dos o tres postas seguidas: guardan después igual ayuno si no los sueltan a los pastos; aguantan igualmente la sed; los dejan con la rienda caída y permanecen como postes; tienen regularmente buena conformación, y sólo ceden a los buenos caballos de Andalucía y Chile, sin que degeneren de la excelente raza de que provienen. Se ven también caballos enteros que conservan cuantas ventajas se desean en una buena estampa. No sólo aguantan tan prolija abstinencia, sino que hacen las más extraordinarias diligencias de velocidad. Según cuentan, en aquella tierra es común andar el propio caballo 30 ó 40 leguas en un día. El bajo precio en que se venden estos nobles brutos —la mejor conquista del hombre— hace que los expongan a rudas y extraordinarias pruebas. El mejor caballo se vende, a escoger, por un peso, si está cerril; pero los enseñados a buen paso se venden, respectivamente, con estimación. Una yegua paridera vale dos reales de plata.

De las costumbres de los montevidenses no puede menos de alabarse la generosidad, hospitalidad y buena índole que los caracteriza. Entre la clase noble y acomodada unos viven de sus chacras, en que cultivan, por medio de sus esclavos, el trigo y otras varias semillas de Europa. Aquí suele dar ciento por uno, y aseguran que el dejado en los rastrojos suple por una nueva siembra, y se coge nueva cosecha en el año venidero. Es de la mejor calidad, y si tuviera extracción constituiría un nuevo y extenso ramo de comercio, y remediaría muchos años las necesidades de la Metrópoli. Hay tierras inmensas de pan llevar, de la mejor calidad. Pero está la navegación ahora en su infancia para que se adopten especulaciones que piden unos transportes baratos. Se dedican también a la cría de sus ganados y al comercio de cueros. Gustan mucho de andar a caballo hombres y mujeres; beben mate a toda hora; hablan con cierta languidez, mayor que en otras partes; se resienten de la falta de trato, que produce cierto encogimiento. Por lo demás, son de buena disposición, tanto de potencias como de cuerpo. Los sucesivos aumentos que debe esperar en su comercio aquella población la hermosearán en su planta natural, mejorarán su policía y los habitantes adquirirán progresivos grados de ilustración. Las poblaciones grandes se hallan a mucha distancia.

La gente plebeya, a quien la educación no restringe las pasiones y la civilización no enseña aquellas fórmulas de saludos y palabras que llaman de buena crianza —mentiras permitidas— vive con cierta independencia y franqueza que le permite la facilidad de los alimentos y la naturaleza del país que habita.

Félix de Azara

Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata en 1801

El haber viajado por todos los campos, parroquias y frontera del Sur del citado río, y por gran parte de las campañas del Norte, por la frontera del Brasil, y por las provincias del Paraguay, Misiones y Corrientes; el haber hecho un mapa, y el haber leído todas las historias impresas y manuscritas del país, como igualmente multitud de papeles antiguos y modernos, me pusieron en disposición de escribir una historia y descripción críticas del Paraguay y del Río de la Plata. Y aunque la estoy finalizando con ánimo de publicarla impresa, como esto no puede esperarse tan en breve por mis circunstancias y las de la guerra, me ha parecido separar de dicha obra las siguientes noticias, juzgando convenir que se sepan cuanto antes, siendo como son tan interesantes en mi juicio. Se reducen a hechos y reflexiones: los primeros tan evidentes que no pueden dudarse, y me parecen las segundas las más justas y convenientes; pero como cabe en ellas haberse equivocado, se podrán rectificar y mejorar por otros, y también extender algunas porque quizás habré incurrido alguna vez en laconismo, figurándome convenía así al plan de mi obra. En su libro segundo, capítulo segundo, número noventa y seis, y siguientes se lee lo que copio literalmente.

Tratamos de la segunda clase, o de la gente campesina ocupada en la poca agricultura, y principalmente en el pastoreo. Aunque los más sean españoles, no reparan en servir de jornaleros a la par con los indios, pardos o esclavos, ya por ser gente más sencilla y de menos ventolera o vanidad, ya porque los trabajos del campo tienen menos testigos que puedan ocasionar vergüenzas, o ya porque sus tareas son conformes a sus preocupaciones y caprichos, que repugnan generalmente servir a la mano o inmediatamente. Los que son acomodados usan chupa o chamarra, chaleco, calzones, calzoncillos, sombrero, calzado y un *poncho*, que es un pedazo de tela de lana o algodón fabricado en las provincias de arriba, ancho siete cuartas, largo doce y con una raja en medio para sacar la cabeza. Y los peones o jornaleros y gente pobre, no gastan zapatos; los más no tienen chaleco, chupa ni camisa y calzones, ciñéndose a los riñones una jerga que llaman chiripá; y si tienen algo de lo dicho, es sin remuda, andrajoso y puerco, pero nunca les faltan los calzoncillos blancos, sombrero, *poncho* para taparse, y unas botas de medio pie sacadas de las piernas de los caballos y vacas. Se reducen generalmente sus habitaciones a ranchos o chozas, cubiertas de paja, con las paredes de palos verticales hincados en tierra y embarradas las coyunturas sin blanquear, las más sin puertas ni ventanas, sino cuando mucho de enero. Los muebles se reducen por lo común, a un barril para tener agua, a un cuerno para beberla, y un asador de palo. Cuando mucho agregan una olla, una marmita y un banquillo, sin manteles ni nada más; pareciendo imposible que pueda vivir el hombre con tan pocos utensilios y comodidades, pues aún faltan las camas, no obstante la abundancia de lana. Por supuesto que las mujeres van descalzas, puercas y andrajosas, asemejándose en un todo a sus padres y maridos, sin coser ni hilar nada. Lo común es dormir toda la familia en el propio cuarto, y los hijos que no oyen un reloj, ni ven regla en nada, sino lagos, ríos, desiertos y pocos hombres vagos y desnudos corriendo tras de las fieras y toros, se acostumbran a lo mismo y a la independencia; no conocen medida para nada; no hacen alto en el pudor, ni en las comodidades y decencia, criándose sin instrucción ni sujeción y son tan soeces y bárbaros, que se matan

entre sí algunas veces con la frialdad que si degollasen una vaca. La experiencia les ha hecho ver con frecuencia que cualquier ladrón o contrabandista les roba las haciendas, y a veces los mata a ellos mismos quemándoles las cosas y llevándose a la mujer o las hijas. Sin embargo son muy raros los que tengan un arma servible de fuego, porque las aborrecen, sin más motivo, en mi juicio, que el de la incomodidad que les causa su cuidado y el llevarlas a caballo para correr, en que consiste toda su delicia. En fin por lo que hace a instrucción, auxilios temporales y espirituales; en cuanto a vestidos, o más bien desnudez, y en cuanto a muebles, habitaciones y comodidades no llevan mucha ventaja a los indios infieles, y sus asquerosas habitaciones están siempre rodeadas de montones de huesos y de carne podrida, porque desperdician cuadruplicada de la que aprovechan. La religión corresponde a su estado, y sus vicios capitales son, una inclinación natural a matar animales y vacas con enorme desperdicio, repugnar toda ocupación que no se haga corriendo y maltratando caballos, jugar a los naipes, la embriaguez y el robo, bien que estos últimos también dominan en los ciudadanos.

Deberían los eclesiásticos gritar sin intermisión contra los pestíferos vicios, persuadiendo además que el trabajo arreglado es una virtud que hace felices a los hombres. Lo dicho toca de lleno a los campos del Norte del Río de la Plata, no tanto a los del Sur; y es preciso confesar, que los *paraguayos* y *correntinos* campestres son unidos entre sí: que no hacen tantas muertes y robos: que son más aseados en sus ranchos, teniendo más muebles; y finalmente que no son tan ladrones, borrachos y jugadores, sino conocidamente más económicos y aplicados. Yo atribuyo estas diferencias a que hay algunas parroquias en los campos del Sur, y muchas más en el Paraguay y Corrientes, donde se juntan a menudo, y en cada pago un maestro de escuela: además que los paraguayos, aún los simples jornaleros, saben leer y escribir. No es así en los campos del Norte del Río de la Plata; pues no hay otras parroquias que algunas por la costa de este río del *Uruguay*; y en las ciento cincuenta leguas hasta *Misiones*, sólo las del Cerro largo y *Batoí* que se acaban de establecer, sin que yo sepa que haya un maestro de escuela en parte alguna. Debería el gobierno pensar en esto muy seriamente, según diré tratando del arreglo de campos, y disponer en las capillas algunas fiestas de toros, carreras de caballos u otras, para que se juntasen los campestres, y se viesen precisados a asearse: sería un medio de introducir la decencia, admitir muchos portugueses; porque siendo notoriamente más aseados y económicos, su ejemplo serviría de mucho. Bien sé que muchos españoles repugnan esto, fundados en que dan noticias a sus paisanos, en que son contrabandistas, y en que en fin vuelven a su patria. Justifican esto, con que *don Pedro Ceballos* fundó con ellos el pueblo de San Carlos junto a Maldonado, el cual fue luego abandonado retirándose los portugueses a su país. Pero los que hablan así no conocen, que no hay un solo español que no dé las mismas y aún más noticias a los enemigos, y que no abrigue con el mayor descaro a los ladrones y contrabandistas. En cuanto a la desertión no advierten que no habiendo dado tierras ni medio de subsistir a los portugueses de San Carlos, era imposible su permanencia allí. A fe que algunos de ellos y otros innumerables que encontraron medio de adquirir algunos terrenos, subsisten hoy por allí y en otras muchas partes como *Mendoza*, siendo los vecinos más útiles, industriosos, ricos y aseados. Mandó el rey que en las guardias de la frontera del Sur se formasen villas. Se llevaron pobladores voluntarios y forzados; pero ya no existen. Con el propio fin se fundaron los pueblos de *Pando*, *San José* y *Santa Lucía*, y ha sucedido lo mismo. Esto no se repara sino únicamente la desertión de San Carlos, atribuyéndola a que eran portugueses, como si los españoles no hubiesen hecho siempre lo mismo, y el motivo es que no puede existir hoy en los campos pueblo unido de agricultores, ni de estancieros, porque éstos, no siendo muy ricos, necesitan vivir en sus estancias, y los labradores junto a las grandes ciudades y embarcaderos.

Haré algunas apuntaciones para que se mediten, porque tal vez serán útiles. No es posible dudar que el manantial más abundante de

riquezas para cualquiera provincia, es el cultivo de las producciones más análogas a su terreno, y a las inclinaciones o caprichos de sus habitantes. Voy, pues, a investigar por un cálculo, cual sea este manantial en el gobierno de Buenos Aires. Se sabe que un labrador en España puede cuidar de un terreno que produzca en año y medio cincuenta fanegas de trigo, que hacen veinte y tres y un cuarto de Buenos Aires. Suponiendo ahora que las tierras del Río de la Plata producen el doble: podrá el mismo labrador recoger cuarenta y seis fanegas y media del país: y si son once, cosecharán quinientas once y media, que computadas a tres pesos, valen mil quinientos treinta y cuatro y medio, y consideradas como alimento podrán mantener un año a doscientas diez y seis personas y media; pues se sabe por prolijas observaciones, que consume cada una al año cinco y dos undécimos fanegas de Castilla, o dos y nueve vigésimos quintos de Buenos Aires. Esto se entiende cuando se come el pan con otras cosas; porque comiendo pan solo, dicho trigo sólo alimentará a la mitad: esto es a ciento ocho y un cuarto. Se sabe también por experiencia, que una estancia de diez mil cabezas de ganado vacuno, procrea en el Río de la Plata tres mil anuales, y que bastan para su cuidado un capataz y diez peones: esto es las mismas once personas. Regúlase su cuero, carne, sebo, grasa y astas en trece reales, y será el valor de dicho procreo cinco mil doscientos cincuenta pesos. En cuanto a la calidad de alimento suponiendo que una res baste para sesenta personas que no coman otra cosa en un día, producirán las tres mil del procreo, cuatrocientas noventa y tres y un quinto raciones anuales; y además tres mil cueros, sebo, etc., que valen más de otros tantos pesos. Resulta, pues, cotejando los productos, que vendidos a plata, aventaja el de los once pastores en tres mil setecientos quince y medio pesos; y que considerados como alimento, también da el de los pastores trescientas ochenta y cinco raciones más, con la añadidura de más de tres mil pesos por los cueros, etc. No se tiene cuenta con la mayor extensión de tierra que necesitan los ganados, porque sobran y están baldías. Si se cree haber favorecido a los pastores, suponiendo que todo el procreo da cuero, sebo, etc., no es poca la gracia que hago a los labradores, concediendo que sus tierras producen al doble, que sean de igual trabajo, y que usen los mismos instrumentos; pues nadie ignora que un jornalero en España vale más que tres aquí, donde los instrumentos son imperfectos y escasos, y en Paraguay no usan el fierro para la labor, sino los *homóplatos* de vaca por azadas. Además de que son raras las reses que no llegan a ser adultas, y sí muchas no dan sebo, las hay que producen dos y cuatro arrobas, cuyo precio ínfimo es cinco reales arroba. Agrégase que produciendo el trigo y cualquier otro fruto de labor con igualdad en los campos del Río de la Plata, no pueden ser comerciables sino llevándolos fuera, y no a Europa, porque no les puede tener cuenta, ni tampoco el sembrarle a cuarenta o cincuenta leguas del embarcadero, porque los portes excederían al principal, lo que no sucede a los cueros y sebo. Aun si se quiere fomentar la labor repugna tanto a estas gentes, que con dificultad se encuentran segadores por ningún precio, cuando al contrario, no faltan jornaleros de buena voluntad para las estancias, ni salida ventajosa a los productos del pastoreo. La inclinación que se ve tomar al común de las gentes, suele indicar lo que conviene al país. Si a éste acomodase la agricultura, veríamos que sus habitantes se reunían naturalmente en poblaciones cultivando sus contornos; y no sucede así, sino que toda la gente campesina está desparramada en sus estancias por haber conocido que esto le da mayor utilidad con el mismo y aún menos trabajo. Este desparrame general, no tiene otra excepción que la de las pocas ciudades por estar en puertos, y la de los pueblos indios que están concentrados por fuerza.

Si cotejamos el pastoreo con las artes y oficios, ninguno puede ser tan útil que produzca al país cuatrocientos setenta y siete pesos y tres undécimos anuales por cada operario, como le resulta por cada pastor. ¿Puede además darse ocupación tan agradable y análoga al capricho, estado y gusto de estas gentes, cuyo encanto es estar siempre a caballo y correr tras de los toros? Si se quisieran introducir las artes, sobre no ser estas gentes inclinadas a ellas, tampoco se perfeccionarían, sino

al paso que la instrucción y las ciencias; y entre tanto no habría sino miseria y desnudez que las alejaría, porque lo caro de los jornales, su languidez y lo tosco de los artefactos los haría despreciables. En el día provee este país a Europa de ochocientos mil cueros, sebo, etc., que vendidos allá valen cuatro millones de pesos; ¿pues qué otra industria ni labor le puede dar lo que el pastoreo, que casi no necesita aprendizaje, instrucción, ni talento? No quiero decir con esto que se proscriban todas las artes y oficios, sino que se abandonen a sí mismos para que se reduzcan a lo necesario. Para la labor basta la ejerciten los habitantes de los contornos de las ciudades y pueblos donde no puede haber estancias, permitiendo en todo tiempo la extracción de trigo para todas partes, y que se ponga el mayor cuidado, esmero y eficacia en proteger y fomentar el pastoreo, sacando con esta mira la gente que se pueda de las ciudades populosas, donde es más perjudicial que útil, y no hace más que subsistir a costa de la gente del campo, siendo constante que ninguna de estas ciudades tiene fábricas ni cosa que pueda contribuir al comercio. Sería un medio de fomentar los ganados entablar una junta o sociedad que vigilase sobre ellos, y que se dedicase desde luego a publicar una memoria instruyendo a estas gentes, de que los ganados son su único tesoro, y de que faltándoles sería su país el más infeliz del globo. Debería extenderse sobre el modo de dirigir una estancia para que diese la mayor utilidad posible, beneficiando sus muy diferentes ramos; ver que hoy no hay regla fija y que se desperdicia mucho en todo. Igualmente debería fijar la extensión de una estancia, pasada la cual conviene ya hacer dos, porque en esto hay mucha perjudicial ignorancia. Los principales fundamentos de esta memoria, parece deberían tomarse de las estancias del Paraguay, las cuales, por ser más pequeñas, tienen el ganado más manso, sujeto y gordo: se manejan con menos peones a proporción, y con la mitad o tal vez la cuarta parte de los caballos. Todas además crían ovejas, secan o charquean toda la carne, y no gastan ni la mitad. Yo entre tanto haré conocer aquí nuestra mala conducta en cuanto a ganados, y las incompatibles ventajas que hemos perdido. Después indicaré los puntos de un reglamento que podrá establecernos en gran parte, logrando al mismo tiempo que nuestros campestres se civilicen e instruyan en la religión.

Consta de las relaciones de todos los ancianos y de varios papeles, que desde el principio del siglo dieciocho, y hasta pasada la mitad del mismo, estaban las *Pampas* de Buenos Aires desde esta ciudad al río Negro, o los cuarenta y un grados de latitud, tan llenas de ganado cimarrón, que no cabiendo, se extendía hacia las minas de Chile, Mendoza, Córdoba y Santa Fé, como que estas ciudades pleitearon derecho a él, contra la de Buenos Aires. También es público y notorio, que por el propio tiempo y hasta pasados los años de mil setecientos ochenta, había cuanto ganado alzado podían mantener los campos del Norte desde el Río de la Plata al de *Tybicuari*, o los veintisiete grados. Desde esta latitud a la de cuarenta y uno hay una extensión de doscientas ochenta leguas marítimas. Por lo que hace a la anchura, tomaré la menor que es de ciento cincuenta leguas: de modo que el espacio ocupado en aquellos tiempos por los ganados, casi todos cimarrones, pasaba de cuarenta y dos mil leguas cuadradas. Los paraguayos han experimentado, que en tres de sus leguas cuadradas, que hacen dos de Buenos Aires o geográficas, se alimentan bien cinco mil reses vacunas, esto es dos mil quinientas en cada legua; pero suponiendo sean sólo dos mil, hallaremos, que en las cuarenta y dos mil citadas leguas, había cuarenta y ocho millones de cabezas de ganado. No es esto de maravillar, sabiendo que entonces no había extracción de cueros y sebo por estar prohibido el comercio con Europa. Aunque este cálculo sea el más positivo, se puede dudar su certidumbre considerando, lo primero: que hoy no hay en dicha extensión arriba de seis millones y medio de reses; segundo, que nunca hubo aquí población para poder consumir un proceo que no debía bajar de veinte millones anuales; y tercero, que jamás se han extraído, aún con el comercio libre, arriba de ochocientos mil cueros al año. Pero es menester saber que los infieles de la cordillera de Chile, venían repetidas veces al año a recoger grandes partidas de ganado en las *Pampas* de Buenos Aires, llevándole a vender en Chile; que los

vecinos de Mendoza, Tucumán, Santa Fé y Buenos Aires hacían lo mismo. Que los indios de los pueblos de los departamentos de *Yapeyú* y San Miguel salían y salen todos los años en número como de trescientos de cada pueblo, a pillar ganados en los campos del Norte: que lo propio practicaban los vecinos de Montevideo y otros muchos con licencia de los jefes y sin ella. El objeto de los españoles en estas corridas de ganado, era sólo hacer cueros y sebo, y el de los pueblos, lo mismo, y proveerse de ganados para el año, pero todos convenían infaliblemente en emprender sus faenas por la primavera, esto es, en setiembre. Y como este tiempo es justamente el de la parición, resultaba, y resulta aún, que las terneras no pudiendo seguir a las madres en unas corridas tan dilatadas que duraban a lo menos cuatro meses, quedaban abandonadas y perecían, y que las vacas preñadas abortaban con la fatiga.

Así sucedía que no había ningún procreo, o era poquísimo. Aún disminuía el capital más de lo que se puede imaginar, no sólo por lo que llevaban los indios sino también porque mataba cada uno y mata, según es constante, dos vacas preñadas al día, para comer los terneros nonatos, que son su encanto. Los españoles que andaban en estas faenas todo el año, y se regulan en dos mil, tampoco dejaban de matar casi cada uno su vaca para cada comida, porque nadie come toro, además de las innumerables que degollaban para sacar el sebo que ellas solas tienen y no los toros. Estos eran los únicos que proveían los cueros, los cuales en grande número se conducían al Brasil. Los portugueses por su parte hacían lo mismo y aún mayores destrozos en nuestros campos para obtener cueros y sebo, y para llenar de ganados a su país como lo han hecho en términos, que para conducir sus salazones y cecinas del Río Grande del Brasil, que no puede pasar sin ellas, emplean hoy doscientas *zumacas*, echándonos en cara que en eso no empleamos casi ninguna. En fin, no hay en el día una res alzada al Sur del Río de la Plata, las del Norte no creo llegan a quinientas mil, y computo que las mansas serán en todo seis millones: siendo de admirar que se haya verificado todo lo dicho a la vista de todos, sin que nadie haya clamado, ni aún hecho alto en un destrozo tan escandaloso.

Sin embargo, con alguna previsión todo se habría podido remediar, y hacer esta provincia la más feliz de la tierra, pues era evidente, que abriendo el comercio del Río de la Plata y dando de balde la citada extensión de tierras a los particulares con los ganados alzados que pudiesen amansar, no se habrían agolpado tantas gentes en las ciudades, y se habrían visto en menos de cinco años la campaña poblada y el ganado todo reducido a pastoreo sin disminución, porque cada particular hubiera cuidado del suyo. Habríamos entrado en posesión, no sólo de lo dicho, sino igualmente de la laguna Merín y de toda la preciosa provincia portuguesa del Río Grande, y tendríamos en necesaria dependencia a todo el Brasil. Verdad es que se oponía a estas ideas una ley o cédula que ordena no dar tierras sino al que las compre; ley la más perjudicial y destructora de cuantas se podían imaginar, no sólo por lo que es en sí, sino igualmente por sus formalidades. Exige que el que quiera un campo le pida en Buenos Aires. Allí le cuesta cincuenta y tres pesos con la vista fiscal y escribanía el primer decreto, que se reduce a nombrar un juez que vaya a reconocer el terreno y un agrimensor para medirlo, cada uno con la dieta de un peso por legua y cuatro por día. Además, prácticos para tasarlo, la conducción y alimento todo a expensas del pretendiente, quien gasta mucho porque las distancias son muy largas. Vueltos a la capital se pone el campo en pública subasta con treinta pregones bien inútiles, porque nadie ha visto ni sabe lo que se vende. En esto, en cinco vistas fiscales y formalidades, se pasan a lo menos dos años y a veces seis y ocho; resultando que cuando más se ha ofrecido al erario, ha sido veinte pesos y a veces ni dos por legua cuadrada; aunque en realidad cuestan al interesado muchos centenares las formalidades y derechos sin contar las perjudicialísimas demoras. Sólo las actuaciones del escribano se acercan a cuatrocientos pesos: de modo que ninguno sin grande caudal puede entablar semejante pretensión, siendo esto tan positivo que no hay ejemplar de haber pretendido merced, quien tenga menos de diez mil cabezas de

ganado o mucho dinero. Y como los costos, sean casi lo mismo por poco que por mucho, resulta que los ricos piden muchísimo para recompensarlos y que no lo pueblen, sino que lo dejen baldío para irlo arrendando o vendiendo con sacrificio de los pobres.

Del mismo principio viene que tengamos muchísimos campos desiertos, y que la ciudad de Buenos Aires no posea hoy más tierras de las que le repartió su fundador. Por fortuna los gobernadores del Paraguay, que no tienen quien les vaya a la mano, han repartido las tierras del modo que yo digo y conseguida ver poblada de estancias toda aquella provincia. Dos leguas cuadradas baldías nada producen, y vendidas dan a lo más cuarenta pesos el erario: pero conferidas de balde a un pobre que las pueble con el ganado que podría comprar con los mil pesos de los costos, esto es, con más de dos mil reses, contribuirían al erario sólo en los dos años de las diligencias con doscientos cincuenta pesos por el ramo de guerra, y además las alcabalas, etc., porque su procreo le daría quinientas reses y otros tantos cueros. Aburridas las gentes de formalidades, costos y visitas al escribano, han discurrido medio de ponerse en posesión de las tierras arbitrariamente. Sólo con haberlas denunciado, o con el primer decreto sin pasar a la subasta, etc. Así están poblados los grandísimos campos desde Montevideo hasta pasado el Río Negro, sin que ninguno tenga título de propiedad, a excepción de alguna docena, que por poco dinero compraron centenares y quizás millares de leguas cuadradas, tal vez con engaño del erario y con mayor perjuicio del público; porque ellos no las han poblado, y sacrifican a los pobres que quieren situarse en ellas. En suma, aún lo que poseemos es con increíble desorden dimanado de la citada disposición. Por ejemplo: Diego Arias pretende ser suyo un terreno hacia el *Pirayo*. Se reduce su título a haberle comprado por setecientos pesos a Manuel Barbas, vecino de Montevideo, quien no tiene más derecho que el de haberle denunciado; esto es, ninguno legítimo. Viendo yo esto, dispuse repartir dicho terreno, y se hizo en trece estancias, quedando todavía cinco por repartir, de las cuales pienso dejarle una, que es cuanto necesita. La menor de dichas estancias es suficiente para seis mil cabezas de ganado, de manera que el estado mantendría en aquel terreno a dieciocho hacendados con conveniencias, y si se quiere sostener al tal Arias en la posesión que pretende, todo se reduciría a él y a sus setecientas reses que tiene. Este ejemplar que yo acabo de hacer con él, debe servir de regla en todos los campos del Río de la Plata, porque gran parte de sus pobladores están en el caso de Arias, siendo cosa escandalosa y perjudicialísima al común del país y al estado, que le importa mucho la buena o mala distribución que se haga de los terrenos. De no poner este remedio, nunca habrá orden, ni florecerán estas provincias, ni se cortarán las atrocidades y latrocinios que se abrigan en tantos desiertos.

Aún hay otra razón muy poderosa para prescribir la citada ley, y es, que mientras exista tendremos despoblada la frontera del Brasil, por donde día y noche se avanzan los establecimientos portugueses sin respetar fé ni tratados; y si no la poblamos, habrán, antes de cuatro años, cortado a nuestras Misiones, y apoderándose de ellas, como ya lo han hecho de su comercio, y en parte del de Corrientes, Paraguay y Santa Fé, favoreciéndoles la escasez de géneros que nos ocasiona la guerra. Para continuar sus miras a costa de nuestra mala conducta, han casi despoblado sus islas de la Madera y Santa Catalina, su costa del mar brasílico y gran parte de la provincia de San Pablo, conduciendo sus moradores por fuerza a esta frontera. Continúan hoy trayendo gentes, y como no caben, se avanzan sin cesar. Viendo yo esto y que hacía más de veinte años que nuestro gobierno tenía en las costas del Río de la Plata muchas familias estancadas traídas de España para poblar la costa Patagónica, sin que lo hubiese verificado, ni encontrado medios de desembarazarse de cincuenta mil pesos anuales que les pagaba por alimentos, propuse se destinase a poblar nuestra frontera por Batoví. Dije que si no querían ir, quedaba terminada aquella pensión; y que si iban se conseguiría la misma ventaja y la de contener a los portugueses por aquella parte. Añadí que igualmente se debía repartir tierras de balde a los pobladores voluntarios que se pre-

sentasen. Mi pensamiento pareció impracticable, y padeció muchas murmuraciones, pero le adoptó el señor virrey marqués de Avilés, ordenando lo verificase yo mismo. Al momento me desembaracé de las tales familias pobladoras que se me encargaron, porque no quisieron ir y habiéndome transferido a *Batoví*, he logrado en pocos meses fundar la villa de este nombre, y distribuir a pobladores voluntarios las tierras de la frontera desde Santa Tecla al Monte grande, echando a muchos portugueses que las poseían. En el día me hallo entendiendo en esto, y si las gravísimas atenciones actuales del Río de la Plata, hubiesen permitido facilitarme auxilios, me hubiera extendido mucho más.

Considerando todo lo dicho, indicaré el reglamento conveniente, y a mi ver de urgente y absoluta necesidad para remediar todos los males. Se reduce a poner en práctica los puntos siguientes. Primero: dar libertad y tierras a los indios cristianos; pues de continuar la opresión en que viven, se irá a Portugal la mayor parte, como sucede ya. Segundo: reducir a los infieles Minuanes y Charrúas, ya sea pronta y ejecutivamente si hay bastante tropa, o si esta es poca, adelantar nuestras estancias, cubriéndolas siempre. Tercero: edificar en los terrenos que ocupan los infieles, contenidos entre los ríos *Negro* e *Ibicuí*, y entre el Uruguay y la frontera del Brasil, capillas distantes de dieciseis a veinte leguas una de otra, y repartir las tierras en moderadas estancias de balde y con los ganados alzados que hay allí, a los que quieran establecerse cinco años personalmente, y no a los ausentes, sin precisar a ninguno a que haga casa y habite junto a la capilla, porque esto no se conseguiría siendo imposible a los pobres. Cuarto: precisar, a lo menos, a los cabezas de familia, a que tengan escopeta y municiones, haciéndoles entender que ellos han de costear las composturas, deterioros y pérdidas de cualquier especie, y revistándolas a menudo para castigar a los descuidados y poco instruidos en su manejo. No es regular decir que esto es impracticable, pues lo hacen los portugueses. Quinto: formar del territorio destinado un gobierno separado del de Montevideo, con el sueldo de mil quinientos pesos. Sexto: dar títulos de propiedad de las tierras que tuviesen pobladas a los que no los tienen, y son los más desde el Río Negro a Montevideo, quitándoles las que no tengan bien pobladas para darlas a otros, siempre con la condición de vivir cinco años en ellas y tener armas listas. Séptimo: anular las compras que se hubiesen hecho fraudulentas, las de enormes extensiones y las que no se hubiesen poblado en tiempo, repartiéndolas a pobres. Octavo: admitir en todas partes a los portugueses que vengan voluntariamente. Noveno: precisar a los pobladores desde el Río Negro a Montevideo a que edifiquen en cada dieciseis o veinte leguas, una iglesia por el estilo de la de *Batoví*, y a que pongan un maestro de escuela en recompensa de darles el título de propiedad que no tienen. Yo he tanteado a varios, y he visto que condescenderían con gusto. Décimo: señalar linderos fijos en todos los títulos, demarcándolos algún facultativo para evitar los pleitos que apestarían el país. Undécimo: establecer dos ferias anuales hacia las fronteras del Brasil, y establecer fiestas en las capillas, prohibiendo usen los campestres las indecentes botas que hoy hacen sacando entero el cuero de las piernas de las vacas y yeguas, matando para esto treinta mil reses anuales, y perdiéndose su procreo y el cuero. Duodécimo: exterminar los perros cimarrones, lo que no se conseguirá por los medios que se practican, sino trayendo de Cataluña la fruta silvestre llamada *Mataca*, para echar sus polvos sobre reses muertas, porque así perecerían todos sin remedio, y lo mismo los tigres y leones.

Además se debe permitir vender a los portugueses nuestros ponchos, jergas, pampas y todos nuestros géneros, porque tenemos muchos de que ellos carecen, y los solicitan y pagan bien. Igualmente debe ser lícita la extracción libre de caballos, asnos y mulas, pagando la alcabala. Los portugueses tienen gravísima necesidad de tales animales para surtir al Brasil y sus minas donde no procrean, y faltándoles campos suficientes de buena calidad para su surtimiento, han menester comprarnos más de setenta mil de aquellos animales, que a cinco pesos nos dejaría trescientos mil. Nos quejamos de sus continuos robos de

animales, y no advertimos, que es imposible evitarlos mientras no socorramos su absoluta necesidad, que es la que autoriza su proceder. Cortemos, pues, de raíz este mal, vendiéndoles lo que les es absolutamente preciso, y fertilicemos estas campañas dando una copiosa sangría a las minas del Brasil. No nos harán falta tales animales, de los cuales tampoco saca hoy el erario un medio real, ni se conserva el fundamento de tal prohibición.

Por lo que hace a cueros y sebo, pudiéndose llevar de todas partes al Río de la Plata, principalmente si se navegan, como creo sucederán en breve, los ríos Negro e Ibicuy, se podrá prohibir su extracción al Brasil. En cuanto a novillos, dudo si convendrá o no permitir la extracción. Lo primero fomentaría las estancias; pero también las salazones portuguesas, y privaría al erario de los derechos en la venta de los novillos y de los muchos que le resultan en los cueros. Si para indemnizarse se quisiera cargar en la venta lo que importan tales derechos, esto equivaldría a una prohibición, porque los portugueses no los querrían tan caros. Por otra parte, y siendo difícil cortar estas ventas, tal vez convendría permitir las con unos derechos algo subidos, y no en toda la frontera, sino únicamente a los pobladores del Norte del Río Negro, por estar muy distante de los saladeros de Montevideo, a donde no los podrían llevar sin considerable costo. Se podría no obstante evitar en gran parte la extracción, tomando anualmente razón del ganado en cada estancia, y a los dueños de la salida de los novillos correspondientes al proceco, según lo hacen los portugueses.

Respecto a la introducción, yo no permitiría otra que de esclavos y monedas. Si se piensa que mis ideas fomentarían el contrabando, digo: que es un mal inevitable que nunca se hará con el escándalo y facilidad que en el día por estos descuentos: que tengo por imposible no caiga la balanza a nuestro favor, no pudiendo las ventas portuguesas arribar al importe de nuestras mulas, asnos y caballos, y que en tiempo de paz no pueden sus precios ser inferiores a los nuestros, sino en los géneros de la India, que son los que no gastan comunmente nuestros campestres. Indicaré otra providencia utilísima en la frontera. Vemos claramente que los portugueses desprecian los tratados, que usurpan nuestros terrenos, y que abrigan a todo ladrón y malhechor con impudencia increíble. En este concepto, exige el derecho de represalia, que no devolvamos a sus esclavos prófugos. Además lo dispuso así S. M. a consulta del supremo consejo, declarando, que aunque los tratados dispongan la restitución de esclavos, no se debía ni podía hacer, porque la fuga era medio lícito de conseguir la libertad, fundado en el derecho natural, contra quien no podía valer ninguna humana convención. Sin embargo, no se ejecutó tan justa y utilísima disposición, y algunos representaron repetidas veces contra ella, haciéndose activos agentes de nuestros naturales enemigos, hasta que han logrado este año, por la vía del ministerio de Estado, y sin noticia del consejo, revocar aquella sabia disposición de éste, y restablecer la inhumana restitución. No se reflexionó la inconducta portuguesa en estas partes, ni sobre el derecho natural que queda violado, ni el grande bien del estado que se desprecia. Se alegó que estas haciendas se sostenían con esclavos, y que se perdería el país por su deserción. Pero se equivocaron mucho, porque tenemos muy raros esclavos en el campo, haciéndose todo por manos libres. De manera que íbamos a perder muy poco y aún nada, porque tratamos tan bien a nuestros esclavos, que no hay ejemplar de haber éstos procurado libertad, pudiéndola conseguir yéndose a unir con los indios infieles, que en todas partes nos cercan. Los portugueses al contrario, los tratan como a asnos de carga; y teniendo cien esclavos por uno nosotros, su deserción sería forzosamente más de céntupla de la nuestra, lo que ocasionaría un incremento increíble al bien público, sin más perjuicio que alguno muy corto a uno u otro particular.

Entabladas las cosas bajo de estos principios, creo veríamos en breve, ricos, civiles y cristianos, a nuestros campesinos, cortando los robos, asegurada la frontera, y restablecidos los ganados. La población de Batoví y de sus campos, hace ver la facilidad y poco costo de lo que propongo. No hay más que hacer, sino arreglarse a estos modelos.

Y por lo que hace a ganados, ya hemos visto que llegamos a tener ochenta y cinco millones. Si se pregunta el tiempo necesario para reponerlos, digo: que cuando fui al Paraguay el año ochenta y tres, comencé la mayor parte de la carne conducida de Corrientes, y que hoy hay allí dos millones de reses sin más diligencia que haber practicado el reparto de terrenos que le propongo. Digo también, que el hombre más instruido y práctico en la materia, y en cuentas, que es don Antonio Obligado, ha hecho el cálculo muy por menor demostrando que solas ciento veinte mil vacas, cuidadas según práctica, esto es, matando a su tiempo los toros no necesarios y las vacas viejas y machorras, y teniendo en cuenta con el tiempo regular de su vida, y con las faltas ordinarias, habría existentes a los treinta años, ochenta y cinco millones cuatrocientos setenta y tres mil doscientas noventa y dos cabezas, de las cuales, las dos terceras partes serían hembras. De modo que el procreo del año treinta pasaría de veinte millones y daría igual número de cueros, con enorme cantidad de sebo, astas y carnes saladas. En estas se ejercitan ya más de mil hombres en treinta saladeros, benefician ciento veinte mil novillos y puercos, y se pueden multiplicar estos obrajes, hasta proveer toda la marina del mundo, y a los negros y pobres de La Habana y otras partes. Si se pusiese el reparo a estas ideas, de que es muy difícil poblar con estancias las pampas del sur del Río de la Plata y que por consiguiente, con este desfalco no queda tierra para el número de ganados, que suponen mis cálculos, contestaré que en el capítulo de mi obra sobre el Paraguay anterior al que aquí nos referimos, insinué el medio de vencer esta dificultad, y que cuando no se consiga, nos queda siempre más de la mitad de la extensión, que podrá dar la mitad del procreo: esto es, más de diez millones de cueros, sebo, etc., que valen en Europa a cuarenta y cinco pesos. Todas las minas o monedas de ambas Américas no arriban a la mitad. Se pensará acaso que fomentando el pastoreo, trato de conservar incultos a estos habitantes; pero no es así: quiero enriquecer al país, y sé que las ciencias y cultura buscan siempre a la opulencia.

También pertenecen al pastoreo los quesos y mantequilla que podrían hacerse tan buenos como en la Holanda; y la lana y pieles de oveja, y cabras que se pueden multiplicar al infinito, pariendo cada una tres hijos al año, y no necesitando más pastores que unos perros enseñados según dije en mi historia de los cuadrúpedos tratando del perro: de modo que enseñando a trasquilar con tijeras a propósito, habría aquí buena lana para todas las fábricas del mundo. Igualmente es cosa del campo el aprovechamiento de pieles finas cuales son las del tigre, león, venados, perros, lobos de ríos, zorros, zorrillos, hurones, comadrejas, liebres, nutrias, vizcachas, cisnes y plumas de aves-truces, garzas y chajás. Tal vez se dirá que tantos ganados necesitan inmensa extensión, que ésta encarece y dificulta el transporte a los embarcaderos, y que no tenemos las mil o más embarcaciones precisas para extraer todo lo dicho. Pero por fortuna nuestras vastas campañas son atravesadas por tres o cuatro ríos de primer orden y por muchísimos que les tributan siendo navegables con buques de buen porte, y otros con embarcaciones chatas. Es notoriamente público que todos los caminos son llanos y correctos; que las bestias de transporte valen poquísimas, sin que se les dé cubierto ni otra cosa que es pasto que hay en todas partes: que cuarenta años ha venía sólo una embarcación al año o cada dos: que en el año vienen sesenta y siete: que estos comerciantes han construido diez y comprado cuarenta y dos. Desde el año de noventa y tres al de ochocientos, sin contar ciento setenta goletas y lanchas que hacen cuatrocientos ochenta y cinco viajes redondos anuales a Montevideo, y al Uruguay; y que don Casimiro Necochea acaba de construir en el Paraguay una fragata de cuatrocientas toneladas, y de resultas hay allí en astillero otros siete buques grandes. Todo esto hace esperar que habrá las embarcaciones necesarias dentro de breves años de paz, principalmente si se hace en el comercio el arreglo que en mi juicio necesita. Se pensará que hablo sin ver la escasez de gentes, para tanto pastoreo, y sin advertir que no puede Europa consumir tantas primeras materias. Pero no se me oculta que

diez millones de cueros anuales los pueden dar como treinta cabezas de ganado, que éstas se pueden cuidar con treinta y tres mil jornaleros, beneficiar con los cueros, carnes y sebos con quince mil, y extraer con veinticinco mil marineros; suman setenta y tres mil hombres, que casi pueden sacarse de los pueblos de indios dándoles libertad, porque seguramente los más serían pastores o marineros. Y lo cierto es, que dichas primeras materias son de primera necesidad, y de infinito consumo en todo el mundo, y que ningún país las puede dar en tanta abundancia, de mejor calidad, y a tan moderado precio.

No he tratado de los campos del Paraguay, porque, necesitan diferentes reflexiones que alargarían esta memoria. Tampoco he hablado del gran Chaco, aunque es una vastísima extensión que podría extraer sus productos por los ríos Paraguay y Paraná que le bañan trescientas leguas a lo largo, y por otros que les tributan. Mi silencio viene de que su población es más difícil por las muchas naciones guerreras e infieles que lo habitan; y porque cuando fuese cómoda y fácil, no deberíamos pensar en ella por ahora, sino atender a lo más urgente; esto es a contener las usurpaciones fronterizas, y asegurar nuestros dominios, porque estando el Chaco donde nadie nos le puede disputar, da tiempo su población. Esta puede ser todo lo extensa que se quiera porque el terreno lo permite y sus producciones son las mejores para enriquecer al país bien administrado, y para que la España tenga allí una rica mina, siempre que se pongan en planta las ideas que he enunciado para el Río de la Plata, y que se trata de variar de conducta en cuanto al modo de gobernar el país, porque de seguirse como en el Paraguay, nadie sería capaz de poblar debidamente un país en el que se encontrarán más dificultades que en los ya expresados.

Batoví de Azara, nueve de mayo de mil ochocientos uno.

TAPA: Un fantástico Cerro de Montevideo fue el que transmitió a sus contemporáneos William Gregory en 1799.

Seis viajeros del siglo XVIII, partícipes de la mayor revolución intelectual que conoció la humanidad, dan el testimonio - fugaz o seriamente documentado - de su paso por la Banda Oriental y muestran el proceso evolutivo de una tierra que se encaminaba a la revolución.